

63

13763

~~3158~~



ENRIQUE

Vda. de

ENRIQUE

INEZ

Lain-Calvo 12

BURBOS



C. CARABIAS.

NOVELAS INVEROSIMILES



PRIMERA SÉRIE.

O. CARABIAS.

NOVELAS INVEROSIMILES

PRIMERA SÉRIE.

R. 8721

D-24713

¡Media hora de Sol

Á LAS DOCE DE LA NOCHE!

NOVELA INVEROSIMIL ORIGINAL

AL LECTOR

DE

la propiedad del autor

Casimiro Carabias



VALLADOLID

IMPRESA Y LIBRERIA DE GAVIRIA Y ZAPATERO

Impresores del Iltr. Colegio de Abogados

1-- Angustias--1

1877

1871

¡Media hora de Sol!

A LAS DOCE DE LA NOCHE!

NOVELA INVEROSIMIL ORIGINAL

de

Es propiedad del autor.

Casimiro Gurbida



Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL LECTOR.

Mi querido y respetable amigo; á cualquiera que no seas tú le parecerá esta dedicatoria atrevida en demasia. Esta forma y este fondo, no mas se usan que entre gentes cuyo lindero acertó la confianza, y mucha ha de ser esta entre tú y yo, ya que te dispones á distraer el ocio, leyendo por mi honra lo que en el ocio escribí.

Si has de leer, venga esa mano y vaya mi prefacio.

Esta novelita, que del mismo modo pudiéramos llamar historia, ha de tener terribles adversarios por que no siempre lo verdadero es conveniente, ni lo bueno es siempre lo mejor.

Hanme convencido mas de cuatro, de errores estupendos que en ella encontrarás sin que te empeñes; y tiénelos en efecto, mas de los que tu quisieras, aunque no tantos como de los que soy capaz. Pero vamos á ver; no es una quimera el sueño?

*El hombre, además, ni sueña lo que quiere, ni las
mas de las veces quiere lo que sueña. Yo soñé lo que
fielmente transcribo, y ahí está mondo y lirondo.*

*Si es malo, no me humilla, que al fin y al cabo no
es de mi voluntad cuanto relato; si en cambio te oca-
siona un pasatiempo, yó seré muy feliz y tu muy gene-
roso.*

*Como quiera que sea te pide perdon por algo y
gracias te da por todo tu atento amigo,*

EL AUTOR.

AL LECTOR.

8

¡MEDIA HORA DE SOL A LAS DOCE DE LA NOCHE!

(Primera Parte: En Escocia)

CAPÍTULO I.

**Donde se evidencia, que tanto soporiza un
fondista locuaz, como un tarro de
buena ginebra.**

La *fonda del Rey Jacobo*, se halla situada en una de las mejores calles de Glasgow. *Hope Street 130*. En el mes de Diciembre me hallaba yó en esta fonda, en el gabinete de fumar, muellemente recostado en una pequeña butaca, la cabeza descansando en el respaldo, y las piernas estendidas cerca de una chimenea, sobre cuya piedra de mármol negro, se hallaba un tarro de ginebra y dos copas; una para el patron de la fonda y otra para mi.

Era aquel un patriarca escocés de pura sangre; alto, grueso, de nariz rubicunda, ojos azules, peluca color de chocolate, de nervudo cuello fajado por una descomunal bufanda, y hombre de cincuenta y cuatro años poco mas ó menos.

Los individuos mas patriotas del Universo son, sin disputa, los Ingleses; de los ingleses los escoceses, y de los escoceses, el dueño de la fonda del Rey Jacobo.

Hay que observar otra circunstancia: el fondista Mister Campbelton, que así se llamaba y debe llamarse si aun no ha muerto, poseia el tipo imperturbable de los habitantes del Norte, y la sempiterna charlataneria de los barberos mas Meridionales; hablaba sin cesar y siempre con frases encomiásticas para la noble Escocia, sus nevadas montañas su egregia estirpe, su poderosa industria y sus preclaros varones.

En el momento en que doy comienzo á esta increíble série de sucesos maravillosos, está Mister Campbelton á mi lado hablándome segun su inveterada costumbre.

—Vaya otra copa, caro huesped: bien seguro que de esta ginebra no beberéis mas que en mi casa; es excelente; bebed, bebed—y así diciendo escanciaba con tal prisa, que nunca logré ver la copa ociosa, ni alegre aquella pobre chimenea, cuyos humedos leñotes castañeteaban de frio, como si se lamentaran de su pérfido destino, al contacto del fuego escaso é inofensivo, gracias al poco cuidado que el ocupado Campbelton le prodigaba.

Yo hacia honor á la ginebra, y no os estrañe, porque un español en Escocia, ó se muere de frio, ó se duerme emborrachado especialmente en la noche de unos de esos dias, durante el cual pasa el sol de incógnito y una capa de agua ténue muy parecida a la niebla, envuelve á aquel pueblo industrial por excelencia. Glasgow en un dia claro, que suele tener alguno, es una poblacion de fábricas que posee una actividad vertiginosa; poblacion que apesar de sus mas de doscientas mil almas, trabaja toda la semana y se recoge por familias el dia de fiesta, ni mas ni menos que se hace en una pequeña aldea.

La vida moderna, se vé allí en las puntas de sus múltiples y colosales chimeneas, en sus puentes sobre el Clyde, en su importante comercio, en sus centros científicos; pero en el hogar, lejos de ver al hombre del día, vemos al escocés antiguo, apegado á la Biblia y á las patriarcales costumbres de sus abuelos.

Es lo que se llama, aceptar lo bueno del siglo, y conservar lo conveniente de la historia.

—Buena ginebra, Mister Campbellton, buena ginebra; pero no interrumpais vuestro relato, que me interesa en extremo: deciais que Escocia es el mejor pais del Reino unido, y yo tambien lo creo: deciais además.....

—Ah, si, perdonad la interrupcion: decia, que si Escocia no hubiera aceptado en el siglo XVII al *protector* Cromwel, se la presentaba el mejor momento de emancipacion, devolviendo á nuestro hermoso Edimburgo su antiguo esplendor y al soberbio palacio de Holyrood, su buenos y legitimos propietarios, pero ¡qué quereis! vamos perdiendo poco á poco nuestro tipo caracteris-

tico, y no me estrañaria que andando el tiempo, se cambiara la historia gloriosísima de Escocia, por un cargamento de pacas de algodón....!

—Y decidme, mister Campbelton; apropósito de qué empezasteis vuestro ameno relato? No recuerdo; esta ginebra engañadora me hace perder lentamente la memoria..!

—Apropósito de Boken, de ese hombre estraordinariamente sábio, que ha pedido al gobierno la subvencion para ir á la Siveria y ponerse en tertulia con los habitantes de la luna, como vos y yo lo estamos en este momento: pero ya se vé, mister Boken no es inglés, ni aun siquiera irlandes...

—Cómo, no es inglés?

—Es decir, que ha nacido en Escocia y por consiguiente, no tendrá la proteccion que necesita.

—Y decidme ¿creeis firmemente que mister Boken no pretende una quimera?

—Lejos de mi la mas pequeña duda: yo os afirmo que ningun escocés se equivoca nunca y menos Mister Boken: oid, oid lo que dice este periódico. «El plan

que propone á la consideracion del gobierno el reputado geómetra Boken, es ya conocido del mundo científico: Mr. Arágo en su curso de Astronomía en el Observatorio de Paris, lo refiere como originado por un sábio aleman hace ya tiempo. Sin embargo; tal es la consideracion de respeto que mister Boken con su indisputable talento nos merece, que deseáramos ver que el gobierno protegiera sus atrevidos proyectos. Parece que mister Boken necesita construir colosales espejos metálicos con los cuales proyectar la imagen del Sol sobre el disco lunar...» Campbelton interrumpió su lectura al ver que mis ojos se cerraban aunque á mi pesar, por consecuencia de la ginebra, la historia de Escocia, el calor de los revivientes tizones, y los proyectos del geómetra Boken.

— Si teneis sueño, sentiria interrumpiros, me dijo con su acostumbrada finura.

—Un poco, un poco,—le contesté. Vuestra ginebra es excelente, querido mister, es inmejorable: Escocia es lo mejor de la Gran Bretaña y Boken, el geómetra mejor del Universo; pero el

sueño me vence, y los tizones que empiezan á confortar el gabinete, me soporizan; perdonad.

—Nada de eso, dormid tranquilo. Y así diciendo, arregló la lumbre, bajó la luz de la lámpara, tomó el periódico y de puntillas procurando no hacer ruido salió del gabinete; cerró con cuidado la puerta y yo me dormi profundamente.

CAPÍTULO II.

El sueño: la manifestación obrera: presentación del sabio escocés mister Boken.

¡Que cosa es el sueño! Si la fatiga nos vence, si un penoso trabajo nos agobia, él en su seno nos acoge, dulcemente nos mece, recupera nuestras abatidas fuerzas y mitiga nuestras preocupaciones: pudiéramos decir, que el sueño es el lenitivo de nuestro abatimiento, y el reclinatorio de nuestra inteligencia.

Sin embargo: es semejanza de la muerte, y la muerte nos aterra. Es el agradable *hasta luego* que damos al mundo exterior parecido al *adios* eterno que nos dá pavor. ¡Si el destino querrá desimpresionarnos de fútiles terrores diciéndonos «duerme que es el reposo accidental; no temas la muerte, que es el sueño para el reposo eterno.»

Como quiera que sea, es lo cierto que yo entonces me dormí con gusto, si bien preocupado con los estrambóticos proyectos de mister Boken y con la conversación interminable de su admirador Campbelton. «Espejos metálicos para reflejar en el disco lunar....! grandes habian de ser....!» susurraba en mi cerebro un resto de imaginación que no dormía y que me hizo soñar de una manera tan detallada y con tales visos de exactitud, que á no ser por el asunto de suyo inverosímil, hubiérame creído no soñar: tales y tantos fueron los puntos de realidad, que desde entonces he creído muchas veces, que una gran parte de la vida, la pasa el hombre soñando sin dormir.

Glasgow estaba engalanado. El Sol, ese manantial fecundo de luz y de belleza que en fuerza de ser pródigo nos hace olvidar de sus bondades sin fin; ese ariete poderoso que nos sustenta; esa maravilla inesplicable cuya santa venida hace vivir al hombre, cantar á los pintados pajarillos, abrir el perfumado ca-

liz de las flores y enriquecer con preciosa y variada pedreria las hebritas de yerva rociada: el Sol, vencedor de las tinieblas como la ciencia vencedora de la ignorancia, bañaba con sus doradas tintas á la gran ciudad de Escocia. Las picotas de los templos brillaban como aristas de diamante: los habitantes de Glasgow con sus vestidos de dia de fiesta, se apiñaban por las plazas y las calles: los edificios públicos tremolaban al ligero vientecillo el pabellon ingles: los grupos de obreros hablaban con calor, rarísimo suceso en su carácter: todas las casas adornadas con vistosas colgaduras rebosaban felicidad indescriptible. Se presentaba el extraordinario caso de que los ingleses demostráran en sus enjutos rostros una espresion espontánea... ¡Qué será! me preguntaba yo mordiendo preocupado un cigarro alemán.—Sol resplandeciente en Glasgow: escoceses que ni trabajan ni rezan: grupos, caras espresivas, apretones de manos, jolgorio aquí..... no puede menos, ocurre algo extraordinario; y poseido de una curiosidad sin limites, abrí las puertas del balcon y me asomé á la calle.

Entonces me espliqué el fundamento de tamaña algarabía.

Un grupo de obreros cogidos del brazo paseaban por las calles seguidos de un séquito tan numeroso como abigarrado, que gritaba sin cesar:

—¡¡Boken: viva mister Boken!! ¡Viva la Escocia!

Un hombrecillo con sombrero en mano y llevado en hombros por el grupo de jornaleros, daba las gracias á la muchedumbre y saludaba aqui y allá cual soberano circundado de vasallos fieles. Aquel hombre, era Boken.

Boken existe; yo le he visto; yo le conocería en cualquier parte: me parece estarle viendo con su pequeño cuerpo, robusto, vestido de abotonado fraq, su cabeza grande cuadrada, de pelo enmarañado y corto, sus ojos pardos y vivarachos, su cara satisfecha, entrecomada por dos patillas de color de barquillo, su cuello almidonado y sus zapatos de lazo: ¡Oh! Estoy seguro que le conocería si le volviera á ver! Si, le conocería porque hay rostros inolvidables y hay talentos que reflejándose en el semblante de su individuo, hieren á los especta-

dores de la misma manera que un charco hiera à la mirada al reflejar la luz del Sol. Hay talentos problemáticos admirados por la inmensa mayoría, talentos que hacen efecto con violencia hasta en sus mismos adversarios.

Para mi, español de pura raza, el tal sábio era una mezcla de saltibanquis y de pedagogo. Híbrido compuesto de erudito y necio: así es que al verle destacar entre la turba multa que entusiasta le deificaba; al verle satisfecho y pagado de su proyecto, me pareció contemplar à nuestros valientes diestros que con serena frente y firme planta, citan al cornúpeto nervudo para darle una estocada que llegue à los gavilanes. Para esta operacion se requiere coraje, corazon y brazo firme: para la que Boken intentaba, yo no sé qué se requiere.

Al final de aquella rara procesion en honor del gran geómetra, pasó una pequeña comitiva que repartia papeles impresos à todo el mundo. A guisa de estandarte, llevaba un enorme biombo de percalina encarnada, donde en letras muy grandes estaba escrito lo siguiente.

¡Subvencion Nacional á favor de mister Boken!

¡No mas alumbrado artificial!

¡Sol por la noche...!

Póngase el lector en mi lugar, y diga si al leer semejantes letreros no tuve necesidad de cojerme á los hierros del balcon para no caer de espaldas.

Repuesto de la primera impresion y escitado por la curiosidad, dí al camareero el encargo de que me trajera uno de aquellos prospectos que repartian á granel. Un minuto despues le leia asombrado: no podré transcribirle con absoluta fidelidad, pero traducido libremente al español, decia, poco mas ó menos: «*Probada la inconveniencia del petróleo aplicado al alumbrado público y la perniciosa influencia que el gas carbonifero ejerce en la salud de los ciudadanos, el geómetra escocès mister Boken, ha resuelto el problema, por el cual se hacen innecesarios todo género de combustibles y aparatos de iluminacion. El sábio escocès se propone prestar la luz del Sol por medio de la refraccion sobre la ciudad de Glasgow cuyo maravilloso descubrimiento honra*

*rá por su origen á nuestro país, y proporcionará, ventajas sin cuento á la industria, comercio y artes. Aprobadas todas sus teorías para la sociedad científica de Edimburgo, se hace un llamamiento patriótico á todos los escoceses para cooperar al feliz término de tan interesante empresa.» Nota. «Los obreros en metales, bruñidores y forjadores, representados por su honorable Comité, celebran meeting en la *taberna del Conejo de yeso, Newcastle Street, 85*, con el objeto de rebajar el precio de sus jornales en el caso de ser destinados á la obra de mister Boken:.....*

Al terminar la lectura de tan raro documento, me quedé un instante pensativo: despues me dije:—Veamos si esto es una carnavalada, ó estoy soñando; y con la rapidez que en nosotros imprime una gran curiosidad, me calé el sombrero y me lancé á la calle.

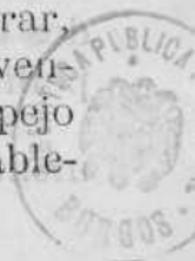
CAPÍTULO III.

Mister Boken ante la Asamblea de notables.

Dos horas despues volví á la fonda cabizbajo y asombrado, porque acababa de oir una porcion de hipótesis tan absurdas como atrevidas.

En efecto; Boken habia arrebatado á los honorables académicos con sus proyectos, los cuales fueron aceptados sin objecion. Hé aqui la tésis de su plan.

—Colocad un espejo de manera que reciba un rayo de Sol: ese rayo de sol reflejará en un punto contrario á la direccion oblicua que tiene al entrar, por ejemplo, desde el hueco de una ventana hasta el suelo: moved el espejo sin perder el rayo del Sol, é indudable-



mente reflejará en el punto que os acomode.

La Asamblea.—Probado: muy bien muy bien.

Mister Boken—¿Por qué razon un espejo inmenso de acero ó hierro elevado á la altura necesaria hasta buscar un rayo de Sol que alumbra al otro continente, no ha de proporcionar el reflejo deseado, del mismo modo que le proporciona el ejemplo que he tenido el honor de pesentar?

La Asamblea.—Bravo, bravo!

Mister Boken.—Me direis, qué, cómo se eleva esa plancha que habia de ser gigantesca: ya habreis visto cómo un volatinero con el auxilio del globo hinchado asciende fácilmente con su barquilla y montado algunas veces en un asno.....

La Asamblea.—Sí, si, si!!

Mister Boken—¿Por qué razon, dando al globo una potencia relacionada con el peso de la plancha que ha de elevarse, no hemos de obtener idénticos resultados que el volatinero su barquilla y su pollino?

La Asamblea.—Exactos, indudablemente: exactos!!

Mister Boken.—Una dificultad podría, no obstante, entorpecer mi proyecto: el globo, al atravesar la atmósfera, se detendría en un punto por leyes de densidad y pesantéz que no hay para qué enumerar, y la plancha oscilaría en el espacio reflejando luz tal vez en el punto que menos la mereciera, como la merece bien seguro este gran pueblo; pero ya he previsto semejante contingencia.

Seguramente cuando niños, habreis tenido una cometa que lanzabais á los vientos por recreo: un hilo de yute relacionado con su peso, era bastante para dominar sus movimientos: ¿por qué razon fijando á nuestro espejo dos, tres ó cuatro cables de acero, no hemos de lograr que la plancha se oblique alargando un cable ó dos y acortando otro ú otros, y proyecte siempre el reflejo deseado?

La Asamblea.—Eso es indudable, indudable!

Mister Boken.—Ahora bien: solo resta poner á vuestra superior aprobacion los cálculos que están consignados en estos papeles. 1.º Un espejo de seis pulgadas cuadradas proyecta un reflejo de tal pro-

porcion: ¿para un reflejo sobre toda la ciudad de Glasgow, cuántos kilómetros ha de tener el espejo? 2.º Para ascender á un volatinero con pollino y barquilla, se necesitan tantos méetros cúbicos de gás: ¿Cuántos méetros cúbicos serán indispensables para elevar la plancha de las dimensiones dadas en ese otro problema? 3.º Una cometa de papel ó percalina con peso de dos kilogramos, necesita tantas yardas de tal torcido de hilo de yute: ¿Cuántas y qué potencia han de tener los cables de acero que regularicen el aparato?

La Asamblea.—Que se constituya una comision y estudie esos problemas en el acto, y viva mister Boken!

Como se vé, la asamblea de sábios escoceses no podia ser mas servilmente propicia á los descabellados planes de su compatriota; y es, que cuando un hombre llega á chocar en la opinion pública y adquiere por *sefas* ó por *nefas* el dictado de maravilloso, no hay individuo ni colectividad que no esté conforme con aquello que imagina; antes bien por un rarísimo fenómeno, aquello que propone el hombre sábio solo habian

supuesto algunos de antemano: ese es el mundo; y Escocia es como todos los países conocidos del mundo. Boken, conmovido y lleno de gratitud por los saludables consejos que aquella corporación acabó de prestarle; exclamó con voz pausada y campanuda.

—Milores, honorables: gracias por vuestro poderoso apoyo; gracias por vuestros ilustrados consejos: con uno y otros, y con la ayuda del Todo Poderoso, Glasgow disputará la honra al mundo entero, de tener siempre Sol en sus posesiones.

La Asamblea—¡Hurra! ¡Hurra!

Yo no podía contener mi sorpresa.
¡Cometa, nunca visto me decia! ¡Quién sujetará tus cabos!

CAPÍTULO IV.

Manos á la obra: la primera placa: presentimientos fatídicos.

Sucedé en España, que una generacion concibe un proyecto, la otra le plantea y la siguiente le realiza, ó no le realiza, que esto acontece muchas veces; pero en Inglaterra, es todo lo contrario, pensar, proponer, realizar, todo es á un tiempo. Una empresa dilatada, ya resulta carisima, porque siendo para ellos *el tiempo oro*, claro está que gastar mu-

cho tiempo es hacerla muy costosa. Así, pues, no me extrañó ver, una semana despues de las ocurrencias indicadas, por todas partes muestras del asunto Boken. ¡Envidiable privilegio á la osadía! Aquí teneis un ensayo que á mi vista es una aberracion inconcebible y que vá á hacer gastar en poco tiempo muchos miles de libras esterlinas. Boken, sino era un sábio, sabia aparentarlo, y esto es mas que lo primero.

Sucede dos cuartos de lo mismo con esos *pobrecillos* que se llaman en la humanidad *perdona vidas*. Sino son valientes, lo aparentan y con eso tienen metidos en un puño á la mitad de sus conciudadanos. Boken, á mi entender era á la ciencia lo que los *pobrecillos* á que me refiero son al heroismo: y así como estos gozan fama y tienen el privilegio más ó menos envidiable de ser mirados con espanto por los chiquillos, los pusilánimes y las mugeres, aquel se llevaba tras de sí los *sabiondos* los populachos y las rodajas del aboninable metal. Tenia, pues, fama, osadia, pueblos y peniques; por consiguiente ya lo demás es lo de menos. Manos á la obra.

En Clyde-Yron-Works y en Calder-Yron-Works, pueblos de Escocia importantes en herrerías, no habia un operario que no trabajára para el gran espejo. Los que ordinariamente cobraban de jornal, dos, tres y cuatros chelines, habian solicitado la honra de trabajar para Boken con la notable rebaja de 25, 30 y 40 por 100 sucesivamente. A Wellington habian marchado numerosas y entendidas comisiones para activar la construcción de cuatro inmensos cables metálicos de un diámetro de seis pulgadas, poco más ó menos.

El gran espejo estaria constituido de veinte planchas, cada una de las cuales mediria cincuenta metros cuadrados, lo cual arroja el respetable conjunto de *un kilómetro euadrado*. ¡Asombra calcular el peso que este aparato supondria y el tiro que habia de ejercer una vez lanzado á su destino!..

Yo ví pulimentar una de las veinte piezas de que se componia: tendida en el campo, parecia un lago de plata: los cuarenta operarios que sobre ella trabajaban sin descanso, sudaban á torrentes, sin preocuparse mas que de la gloria

que innegablemente habia de corresponderles. Cada porcion estaba provista de un encaje en las cuatro caras; diez con espiga de treinta y una pulgada y las restantes con hueco suficiente para contenerla.

Segun me aseguraron, en Clyde, y en Calder-Yron-Works, no habia quedado un capitalista: habian huido porque les atormentaba horriblemente el ruido infernal de tanto martilleo; y aun se decia, no sé si con fundamento, que las trompas auditivas de Eustaquio, todas, absolutamente todas, quedaron inservibles. Otra porcion de cosas se decian que yo no quise creer, porque ya sabeis que en estos casos, se exagera mucho. La verdad es, que aquello parecia una colonia de Satanás: todo fraguas, bigornias, hierro, martillos, caras negras, manos negras, actividad febril, todo correspondia á la grandeza de las obras inglesas y al grandioso invento de mister Boken.....

Tres semanas despues un gentio inmenso corria por las calles de Glasgow, detrás de un vehiculo raro.

Tres camiones empalmados susten-

taban un sólido andamio, y este á su vez la primera placa perfectamente concluida, colocada verticalmente y adornada con el glorioso pabellon inglés. Una docena de bueyes arrastraban pesadamente la preciosa carga.

El municipio habia ofrecido un premio á la primera pieza que se terminara, y los obreros, á cuya laboriosidad se debia, marchaban orgullosos en dos filas por las aceras de las calles, llevando á su cabeza un estandarte rojo con la razon social del taller *Keting Maderd, y Compañía Clyde-Yron-Works*.

Era de ver el aire satisfecho de aquellos buenos jornaleros, ostentando el fruto de su patriótico trabajo, que es el blason mas digno de ostentarse.

¡El ruido que los camiones y la placa producía era tal, que no dejaba oír la estrepitosa algarabía de los muchachos que vanamente procuraban hacer cháchara; aquel rumor poderoso lo dominaba todo y para todo el mundo parecia aquello la aurora de un prodigio mas, con que atestar los ya repletos bolsillos de este siglo tan pródigo como criticado: todos, todos, en sus semblantes ma-

nifestaban desmedido placer!... Sin embargo, yo estaba triste, aquel rumor me parecía el oleaje de un piélago cruel: un presentimiento inesplicable y raro me impedía participar de la alegría general..... Ah! Nunca es traidor el corazón!

de hombre, me figuraba que haciendo de prisa estos oficios precipitaba la hora de mi marcha hacia el extranjero. Yo en mi ansiedad quería consumir con rapidez el tiempo, misterioso ten- denia del género humano; pero ¿para qué? Cuando queremos aprovechar las horas, solo logramos consumir, nuestra paciencia, que al tiempo, cuando sea lo ama, pasa veloz, y tarde, cuando nos

CAPÍTULO V.

Trascendental y malhadado privilegio concedido á mister Campbelton.

Llegó por fin el dia en que preparar mi maleta para volver á mi pátria, donde seguramente no habia de presenciar aquellas manifestaciones de entusiasmo ni aquellas tumultuosas escenas; si bien revestidas de muy distinto carácter, suelen ofrecerse con más frecuencia de lo que la prudencia aconseja.

El tren partia á las doce la noche; y á las diez de la mañana, ya colocaba yo la ropa en mi maleta todo lo mas de prisa que podia, pues en mi deseo de volver á la nación querida cuna de mi primer suspiro, donde Cervantes se murió

de hambre, me figuraba que haciendo de prisa estos oficios, precipitaría la hora de mi marcha.

Yo en mi ansiedad queria consumir con rapidez el tiempo, misteriosa tendencia del género humano; pero ¡vana quimera! Cuando queremos abreviar las horas, solo logramos consumir nuestra paciencia; que el tiempo cuando se le ama, pasa veloz, y tarde, cuando nos contraria.

Cien veces miré el reloj, pensando que el fluido de mi vista haria correr sus manecillas.

Arreglé mi ropa; apreté las correas de la maleta, y ya buscaba en mi llavero la llave con que cerrar, cuando de pronto oí un cañonazo.

No os asuste esta intempestiva detonacion: aquel estampido no usaba el elocuente lenguaje que suele usar generalmente aqui en España.

Aquel cañonazo era un ¡hurra! al intrépido Boken. Era un prospecto de pólvora y estopas.

El espejo estaba concluido.!!

Un sudor frio bañaba mi frente: aquella maravilla me infundia un pavor

extraordinario. Entonces más vivamente que nunca deseaba yo marchar, y resueltamente llamé al camarero de la fonda.

—Necesito un carruage para el tren de las doce de esta noche—le digo.—

El mozo abrió desmesuradamente los ojos, como queriendo decir: «A nadie le ocurre mas que á un loco abandonar á Glasgow en esta noche.»

Ciertamente, la gran noche; la última de aquel gran pueblo!

Mas de veinte mil forasteros habian acudido solo por presenciar aquel acontecimiento, nunca sospechado por todas las generaciones de sábios: aquel suceso que habia de proporcionar á la industria escocesa arma formidable conque vencer á todas las del mundo.

Todos los periódicos europeos se habian ocupado enteramente de aquel prodigio; todos, excepto los de España que estaban atareados, como de costumbres, en otras bagatelas, que si no les hacian ganar honra, al menos les hacian perder tiempo.

Llegó la hora de almorzar: el comedor de la fonda estaba completamente

lleno de viajeros, entre los cuales destacaba la atlética figura del fondista Campbelton, ébrio de felicidad, acosado por sus huéspedes que le apretaban la mano con espresion de gratitud.

—¿Qué sucede, mister Campbelton?— le pregunté.—Estais de enhorabuena?

—Qué, no lo sabeis? Asomaos al balcon y venid á darme las gracias.

Me acerqué al balcon, miré á la calle y me quedé estupefacto. Entonces comprendí el inmenso júbilo de mis compañeros de hospedaje. Mister Campbelton habia conseguido en fuerza de argumentaciones ingeniosas, y no desprovistas de razon, que se utilizaran las condiciones de solidez y centralizacion de su casa, para amarrar á ella los cables de aquella linterna maravillosa.

En efecto; no habia en Glasgow otro sitio mas á propósito; la casa parecia hecha con meditada intencion para el objeto.

Estaba construida caprichosamente: los cuatro ángulos del edificio estaban apoyados en sus vértices por cuatro fuertes columnas de hierro, y la planta baja, sin paredes, estaba hecha para un

lujoso bazar de objetos de cauchout: así, las cuatro caras del establecimiento eran cuatro grandes aparadores cubiertos de cristales, y el conjunto de la casa descansaba sobre las férreas columnas ya indicadas.

Concedido tan inapreciable privilegio á mister Campbelton, este durante la noche, y con objeto de sorprender agradablemente á sus favorecedores, habiase gastado unos cientos de chelines para que las amarras quedaran fijadas convenientemente antes de las ocho de la mañana.

Á las diez estaban ya examinadas por una comision de ingenieros que dieron su aprobacion.

Los cuatro cables estaban soldados y sujetos firmemente á las cuatro columnas del edificio. Cada uno de ellos estaba recogido á su grua, las cuales eran gigantescas, con enormes manubrios que movidos por vapor, habian de falicitar la ascension ó descension, planicie ú oblicuacion de aquel descomunal reverbero.

Almorcé muy poco y de mala gana: estaba afectado: mi sistema nervioso

parecia cargado de eletricidad: el deseo de marchar, era en mi creciente por minutos.

—Ya no faltan mas que doce horas, gritó entusiasmado un huésped mirando al reloj.

—Aún faltan doce horas, murmuré yo. El huésped se referia al gran espectáculo; yo, á la partida del tren.

—Mister, me interrogó el patron. ¿Es cierto que habeis pedido un coche para marchar hoy?

—Si, necesito salir esta noche en el tren de las doce.

—Lo siento en el alma mister, pero no os puedo complacer. Todos los carruajes de Glasgow estan comprometidos. ¿No comprendéis que prestan un servicio excepcional, esta noche que se verifica el *gran espectáculo*?

Esta observacion heló la sangre en mis venas y procurando agotar todas las probalidades, me lance á la calle en busca del coche deseado, pero inútilmente, nadie pensaba en otra cosa que en el *gran espectáculo*.

Hallar en aquel dia un vehículo cualquiera, era empresa todavia mas difícil

que encontrar un español sin planes financieros ó un ministro con ellos.

En efecto; aquella noche era la última de Glasgow: el sebo y la estearina quedaban inservibles y podían aprovecharse para otros fines ya. El gas inútil para el alumbrado; con lo cual se economizaban diariamente unas toneladas de carbon. Figuraos un pueblo en perpétuo día, y este pueblo, de Escocia; del país querido; y todo por Boken el escocés geómetra, el más sábio de los hombres, el más atrevido de los ingleses!... En efecto; salir de allí en aquel día, solo á un español podía ocurrirle. Y me ocurría cada vez con más ahinco!...

Contrariado, cabizbajo y triste volví á la fonda diciéndome: *iré á pié.*

que encontrar un español sin planes
francés o un ministro con ellos.

En efecto; aquella noche era la última
de Glasgow; el sobo y la esterlina
quedaban invisibles y podían aprove-
chase para otros fines ya. El gas infla-
para el alampado; con lo cual se econo-
mizaban diariamente unas toneladas
de carbon. Figuras en pueblo en per-
petuo día; y este pueblo, de Escocia, del
país perdido; y todo por Boken el sacos
geométricos, el más sabio de los hombres.
El más sabio de los hombres. En
efecto; salir de allí en aquel día, solo a
un español podía ocurrirle. Y me con-
tra cada vez con más ahínco.

Contrahado; cabalajo y traba volvi
A la fonda dichadame; We & Pte.

CAPÍTULO VI.

Ascension del gran espejo. Ultimo servicio del alumbrado artificial.

A las dos de la tarde, todos los tejados estaban completamente cubiertos de operarios dispuestos á encajar y sujetar perfectamente las veinte placas, cada una de las cuales ocupaba su lugar correspondiente, mantenidas por andamios especiales. Las cuatro que habian de adherirse a los cables, dotadas de ganchos relacionados con el fin á que se las destinaba, ocupaban los cuatro extremos.

La muchedumbre llena de ansiedad esperaba el gran suceso.

La operacion empezó á toque de campana.

Es imposible tratar de describir aquel ruido espantoso. Nada hay que pueda imaginarse comparable con aquella orquesta estridente, acompasada, infernal. El rugido de las embravecidas olas, acompañado de la más tétrica tormenta y marcando el compás millares de baterías, no produce ni con mucho, semejante confusión. El aire, impulsado en múltiples corrientes por aquellas increíbles vibraciones, rompía los cristales de las casas, conmovía las picotas de los edificios, y aun en los pueblos comarcanos debió de originar catástrofes incalculables.

Sería prolijo enumerar los daños producidos en Glasgow y sus inmediaciones por aquel suceso.

Los aparatos acústicos adquirieron desde entonces importante desarrollo y se asegura que más de cuatro fabricantes de cristales planos, deben sus colosales fortunas á tan atronador momento. Daban también á muchas señoras, que en estado excepcional é interesante se encontraban, la razón que las asistía para reclamar de Boken la indemnización de pérdidas sensibles. Yo no sé que ningun-

na reclamara, ni tampoco lo creo, porque al fin piérdense con gusto muchas cosas, tratándose de glorias nacionales.

Por fin cesó aquel horrible martilleo, y un éco interminable corrió veloz por toda la esplanada.

Eran las cuatro de la tarde, y todas las farolas del gás, estaban encendidas yá por ÚLTIMA VEZ!

Aquel inmenso sombrero, cuyas álas, apesar de su diámetro, oscilaban como las de un ligero jipi-japa, y cuya copa era un globo jigantesco, con triples redes de seda bien torcida y gruesa como una maroma regular, cubria á la ciudad de Glasgow, recogiendo la atmósfera que se respiraba como estaño derretido.

Todos los balcones estaban literalmente llenos de espectadores, así como las calles, plazas y mercados.

En una de las torres mas elevadas de la ciudad, habiase construido un lujoso tablado, sobre el cual, se hallaban la Corporacion Municipal y representaciones de várias Academias Científicas; y el gigante, el sábio maravilloso mister Boken. Al verle, un sudor frio inundó mi frente: aquel hombre ejercia sobre

mi un efecto inesplicable. Sus ojos brillaban con espresion soberana: sus labios dibujaban sonrisa pedantesca y su afectada postura demostraba perfecta tranquilidad.

Parece que le veo todavia, remedo estravagante del espartano antiguo.

De pronto se levanta con arrogancia suma y pasea su mirada por aquel bosque de cabezas tendido bajo sus piés. El globo, perfectamente hinchado, pugna por elevarse á su destino. Boken entonces agita su pañuelo, y un toque de penetrante clarin sonó desde la torre.

Era la señal! ..—Como por encantado resorte se soltaron los manubrios de las gruas; el populacho ruge, se agita, prorrumpe en millares de frenéticos aplausos; el grandioso aparato se conmueve y se eleva con majestad.

La atmósfera, libre ya de aquella gran presion, se modificaba lentamente, y era de ver, como aquel paraguas infinito, se elevaba poco á poco perdiendo á nuestra vista su volúmen.

Una hora despues presentaba un disco insignificante, y cuando las lánguidas tintas de la tarde anunciaron el poé-

tico crepúsculo, solo se veían los acera-
dos cables y las vivientes gruas, que
sordamente dejaban deslizar sus ruedas
ante la arrogante tirantez de aquella
placa ya invisible.

Las calles recobraron su animacion
anterior; pues durante el primer período
de ascension nadie pestañeó

Todas las cabezas levantadas mira-
ban al cielo con la boca abierta!...

Parece mentira, Señores! Parece
mentira!

Mucho se ha escrito, mucho se ha
visto, pero nada tan raro; nada tan feno-
menal como los sucesos que relato y re-
lataré con toda fidelidad.

Lo dicho hasta aquí, es una vicoca
comparado con los episodios que han
de seguirse, si es que el valor no me falta
y la pluma acobardada no salta de mi
mano!....

The first part of the book is devoted to a general history of the country, and to a description of its natural resources. The second part is devoted to a description of the principal cities and towns, and to a history of the principal events which have taken place in the country since its discovery.

The third part is devoted to a description of the principal rivers and lakes, and to a history of the principal events which have taken place in the country since its discovery. The fourth part is devoted to a description of the principal mountains and hills, and to a history of the principal events which have taken place in the country since its discovery.

The fifth part is devoted to a description of the principal islands and islets, and to a history of the principal events which have taken place in the country since its discovery. The sixth part is devoted to a description of the principal harbours and bays, and to a history of the principal events which have taken place in the country since its discovery.

The seventh part is devoted to a description of the principal fortifications, and to a history of the principal events which have taken place in the country since its discovery. The eighth part is devoted to a description of the principal military operations, and to a history of the principal events which have taken place in the country since its discovery.

The ninth part is devoted to a description of the principal naval operations, and to a history of the principal events which have taken place in the country since its discovery. The tenth part is devoted to a description of the principal political events, and to a history of the principal events which have taken place in the country since its discovery.

The eleventh part is devoted to a description of the principal literary events, and to a history of the principal events which have taken place in the country since its discovery. The twelfth part is devoted to a description of the principal scientific events, and to a history of the principal events which have taken place in the country since its discovery.

CAPÍTULO VII.

¡Increíble suceso! Sol á las doce
de la noche!

Los cables se desenroscaban lentamente, y á las diez de la noche solo ofrecian estension para un par de horas. El interés del público crecia por momentos.

Dieron las once.

Yo no podia desechar la repugnancia que todo aquello me inspiraba: un secreto impulso me advertia de imaginarios peligros.

Observé mi situacion nerviosa; ciento treinta pulsaciones por minuto, y un sudor frio me envolvia con el sudario de la fiebre.

El monótono rumor de las gruas al

deslizar los cables, me parecía el reloj de arena, simbólico de la agonía; el ronquido creciente de la fiera cuyo olfato se escita al olor de sangre, y se aproxima cautelosa pronta á devorar su presa.

—Yo me voy de aquí, exclamé con voz enronquecida; yo no debo presenciar por mas tiempo ese prodigio que me es instintivamente odioso, y tiré con violencia del llamador.

El estóico criado se presentó sin pestañear.

—Ya sabeis que tengo que marchar á la estacion.

—Perdonad: no hay un solo carruaje disponible.

—Entonces, iré á pié.

El fámulo se encogió de hombros.

—Necesito un mozo que me lleve la maleta.

—Imposible es que encontreis, mister.

—¿Por qué?

—El acontecimiento que ha de verificarse en breve es de una importancia extraordinaria.

—Pagaré cuanto me pida.

—Ni un tesoro aceptaria ningun escocés en esta noche.

—Llegó mi desesperacion al colmo: propiamente parecia que se burlaban de mi, y jadeante, desesperado, rabioso, me retorcia en el sofá, con los ojos fijos en mi maleta y aun creo que arrasados de furiosas lágrimas.

—No hay duda exclamaba yo, solo en mi habitacion; no hay duda; la fatalidad me obliga; he de permanecer en este sitio hasta que se haya consumado esa locura; y así jadeante me paseaba maquinalmente por mi estancia.

Súbitamente se iluminó la habitacion como ante el resplandor de un incendio extraordinario....!

—¿Qué es esto? me pregunté aterrado.

Músicas, cañonazos, gritos y algazára atronaban mis oidos.

Miré á la calle, y con atónitos ojos, presencié el espectáculo más raro, inverosímil é increíble de cuanto pudierais imaginar.

Las picotas de las torres brillaban como aristas de diamantes; el Sol mas espléndido del mediodia, bañaba con dorado eflúvio á toda la ciudad, y sin embargo, eran las doce de la noche!

Me froté los ojos suponiendo ser

victima de una quimera, y me asomé al balcon atestado ya de huéspedes que aplaudian trasportados de júbilo y entusiasmo. ¡Cosa mas rara!....

—¡Viva Boken! ¡Viva Boken! ¡Gloria á Escocia! gritaban más de veinte mil espectadores.

Era evidente; el nuevo Josué dominando al astro del dia, le obligaba á prestar su influencia por la noche!

Estupefaccion general!....

CAPÍTULO VII.

¡Espantosa desgracia por falta de un
mozo de cordel!

La apuesta. Adios al mundo!!...

Probablemente cuando estas cuartillas vean la luz pública, los pueblos todos del Planeta habrán conocido el nombre de mister Boken, y no será solamente Glasgow el privado de las tinieblas de la noche.

Yo estaba loco contemplando aquel prodigio, y aguardaba fielmente tan extrañas impresiones para admirar con su relato á mis queridos compatriotas el cercano dia que estuviera en mi pais. ¡Sol á las doce de la noche!... Boken tenia razon; yo le habia juzgado indignamente con harta ligereza. ¡Somos tan impresionables los españoles!....No va-

yan á creer mis lectores (si los tengo por ventura mia) que era el sol que Boken nos prestaba, ese baño de záfiro molido lleno de múltiples bellezas; ese aliento misterioso y trasparente, manantial de luz y de calor que un espléndido é incomparable azul dá á nuestro cielo y pródigas riquezas vierte en el suelo de nuestra hermosa pátria, no. Naturaleza no es tan amiga de nadie, como nuestra; aqui nos mimas y nos dá cuanto soñamos; fuera de aqui ayuda mas ó menos, pero nunca derrama tanta ni tan buena sávia. Por eso cada cual trabaja en cuanto necesita; y entre tanto que Glasgow hace Sol, nosotros, *hacemos tiempo*, que al fin y al cabo hacer es.

Todo el mundo gozaba, y es natural, de aquel aborto de la idea.

Boken, en carretela descubierta, tirada por seis caballos y empujada por las turbas, iba de calle en calle recibiendo á mares aplausos y coronas. En un alarde de pintoresco entusiasmo, un ardiente admirador ofreció á Boken una preciosa sombrilla.

Todo era ruido, cháchara y admiracion.

Yo estaba enfermo, sobrecogido atónito, dominado por un estupor inconcebible, con los brazos apoyados en los hierros del balcon, absorto en contemplacion tan extraordinaria, cuando de pronto, un ligero vaiven agitó levemente el edificio.

Nadie se apercibió, poseido como todo el mundo estaba por aquel acontecimiento prodigioso.

Yo lo atribuí al estado febril en que me hallaba; sin embargo, el corazon me latia con violencia.

No habia trascurrido media hora, cuando el vaiven se pronunció fatidicamente. Rechinan de una manera lúgubre las gruas, y ceden ante la tirantez de los cables. Las columnas sobre que descansa el edificio se bambolean con pausa aterradora..... El pueblo grita horrorizado, adivinando el desgarrador desenlace de tan acariciados proyectos. El edificio rechina y se conmueve: mis compañeros de fonda se arrojan del balcon, y yo, enclavado por el espanto, yerto como el polo, inmóvil como una estatua, absorto y mudo de terror. ¡Ay! No puedo describir con exactitud aquella escena: su

solo recuerdo coadgula la sangre en mis arterias.

Los ojos espantados, erizado el cabello, el ánimo oprimido, yo no era un hombre, era un pedazo de hielo que sentia; era el suplicio en persona, el tormento, bajo una forma humana!...

El edificio era sólido y luchaba; pero ¡en vano! Una fuerza portentosa le arrancó de raiz, y comenzó á elevarse lentamente!!

Cuando me vi perdido, cuando pasó por mi desvanecida mente la idea de un porvenir tan inmediato como aterrador, agité los brazos pugnando por gritar; nada, ni un suspiro!

Entre tanto, los ingleses me miraban de una manera estúpida. Por fin en un raptó de furioso anhelo, sacado de mi espanto,—¡Socorro, socorro! grité, pero era tarde.

Me hallaba ya á una altura, ante la cual hubieran sido impotentes todos los esfuerzos.

Dos hombres hablaban con calor.

—Tratan de salvarme, pensé y apliqué el oido con la mayor ansiedad.

—Mil libras á que se estrella, decia uno.

—Mil libras á que nó.

—Queda apostado.

—Oh! dije, miserables! Mi desventura les proporciona ocasion de hacer apuestas!

Casi al mismo tiempo oi el silbido de la locomotora que me hubiera salvado de aquella hecatombe indescriptible, si hubiera encontrado un mozo de cordel.

¡Oh! El mundo me daba su postrer ¡adios! con carcajada sarcástica!...

No en vano me afectaban los desdichados proyectos de mister Boken; me lo daba el corazon!

El tren rodó á mis piés como un juguete.....

Glasgow quedó oscuro, como si me ofreciera con sus tintas la mortaja.

La ascension era cada vez más rápida. Pude presenciar á vista de pájaro las nebulosas montañas de Escocia, que fatidicamente bañadas por la blanca luna, se presentaban ante mis atónitos ojos cual pequeños cubiletes rodeados de vapor.

Un instante despues, las tinieblas

me envolvieron: el silencio absoluto de las alturas en medio de la oscuridad, ejerció sobre mi ánimo tan horrorosa presión, que se turbó mi cerebro por completo, y caí sin sentido, presa de un síncope espantoso.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

(Segunda parte: ¡En el espacio!)

CAPÍTULO IX.

**Horrorosa emigración: el incendio:
la asfixia.**

Los preludios de una desgracia nos afectan más que la desgracia misma: esto es indudable.

Nos amenaza un peligro, y solo tenemos en nuestro ánimo, pavor, miedo, supersticiones. Una vez brazo á brazo con la adversidad, el instinto de conservación nos dá supremo esfuerzo, con el cual procuramos combatir ó atenuar el infortunio.

Hé aqui porqué el exceso de imagina-

cion, tanto sirve para perdernos como para salvarnos.

El terror es consecuencia de nuestra imaginacion. El valor es la mayor cantidad de habilidades, para ocultar el miedo.

La lucha con el peligro, cuando el peligro nos domina, es una consecuencia lógica de nuestro instinto de conservación.

Así, yo, cuando me vi perdido; cuando el fluido atmosférico me anunciaba ya con su próximo enrarecimiento una muerte cruel é inevitable; cuando hasta el eco de mi propia voz atronaba mis oídos con espanto, pensé friamente en mi situación.

—«No, reflexioné; el globo no pasará por encima de la atmósfera, es imposible, porque solo ascenderá mientras fluctúe en una region más densa y pesada que el fluido de que está provisto. Pero ¿Y qué? ¿Puedo engañarme á mi mismo con la más ligera sombra de esperanza?»

Ni aun siquiera me resta ese consuelo!....

Mi vida era corta y el fin prometia ser

tan trágico como inmediato. Afortunadamente me hallaba en casa y la despensa estaba nutrida de provisiones respetables.

Efectivamente; arrancado el edificio desde el entresuelo, quedaba á mi disposicion el piso principal con su despensa provista satisfactoriamente; tanto más, cuanto que mister Campbelton la habia surtido abundantemente para atender á las necesidades que habia de originar el gran movimiento que en aquellos dias se esperaba; pero, ¿Y despues?

¡Si estallaría el globo!

¡Oh! No quisiera pensarlo....

He aqui como aquello que causó mi desventura, era desde entonces mi único salvador.

Me hallaba á una distancia incalculable: al rayar el alba, ¡qué grandioso espectáculo se ofreció á mi vista!

Vi bajo mis piés un inmenso espacio trasparente, sonrosado, tan diáfano por todas partes, que más parecia un infinito lago, dulcemente nacarado, que el vacio, la nada, como tan donosamente se le llama.

Lo mismo vi por cima de mi cabeza,

á derecha, á la izquierda; lo mismo por todas partes y entonces, en presencia de tanta magnitud que hablaba al alma, obligado por una fuerza inconcebible, instintiva, humillé mi frente, y exclamé con efusion: ¡Dios, Dios mio!...

Los cables que sustentaban el piso, permanecian verticales, é inmóviles de tal manera, que parecian infinitas columnas que apoyadas en el espacio, perdian ante mi vista su límite en el espacio también.

La ascension no se notaba: parecia-me estar en inmovilidad perfecta; pero bien pronto me convencí de semejante ilusion. Cogi un papel, y asomándome al balcon le arrojé al espacio: el papel descendió con velocidad impropia; y esto me demostró evidentemente que el papel no bajaba de aquel modo, sino que el globo seguia ascendiendo con rapidéz.

Asi estuve algunas horas más, mortificando mi cerebro inútilmente, hasta que observé, que la habitacion interior difundia en la atmósfera columnas de humo sofocante. Loco, desesperado me lancé á la cocina, donde en efecto, algunos pedazos de carbon encendidos ame-

nazaban con incendiar mi aérea morada. Pronto se manifestó con llamaradas voraces: y, ¿cómo atacarle?—¡Oh! esto es horroroso exclamé; y abandonando al azar mi efímera existencia, salí nuevamente al balcon.

Un peso enorme sentia sobre mi cabeza; parecia que una montaña de plomo gravitaba sobre mí: el pulmon se me oprimia con violencia gradual; los párpados se inflamaban; los lábios parecian próximos á estallar.

¡¡La asfixia!! pensé anonadado, comprendiendo que aquella atmósfera de ázoe y oxígeno necesaria á mi condicion física, iba quedando lentamente bajo mis piés!..

Por instantes se agravaba mi desgraciada suerte. Ya brotaba la sangre de mis párpados y mis lábios; ya no respiraba; estaba mi cabeza inerte, y poseido de indescriptible desesperacion, me arrastré penosamente hácia el sitio donde el fuego comenzó.

¡Cosa estraña! Al aspirar el humo que en grandes cantidades se evaporaba, noté una agradable reaccion. El humo saturaba aquella atmósfera enrarecida, y por un fenómeno quimico que no

acerté á explicarme, me produjo más fácil respiracion.

El incendio, que poco antes me amenazaba horroroso, era por aquel momento mi tabla de salvacion. ¡Desgraciado! ¿Qué hice yó para saborear tan lentamente los acerbos dolores de una agonia tan horrible y desesperada?....

Media hora más, solo media hora, y aquel armazon de hierro completamente fundido, se hubiera desprendido de los cables; y yo, mutilado por el incendio, aplastado por la asfixia, hubiera cruzado el espacio para caer en la tierra, sin ofrecer á mis semejantes el más ligero vestigio de mi forma, que hubiera arrancado una lágrima de pesar.

Pero no sucedió así. El acontecimiento mas extraordinario que podeis imaginar, me estaba reservado: tal, y tan raro, que habia de hacerme olvidar del mundo y sus exteriores atavios, siquiera fuese por un intérvalo bien corto.

bles que me suspendían se convertían en unos deslumbrados muros de elevación formando las vistas de una pirámide cuyo punto culminante se elevaba á divisar, en sus superficies de carne cuenta de como se verificaba aquella metamorfosis.

Tres minutos después observé que una sombra extraordinaria cubría aquella mansión desprovista de luz; poco á poco, la sombra se aumentaba y en breve se descubría

CAPÍTULO X.

Lo relativamente grande: un encuentro pasmoso.

Posible es que no se dé crédito á cuanto voy á referir: la condicion del hombre, es no creer todo aquello que no corresponde al limitadisimo dominio de sus facultades.

Habrá seguramente quien dude, pero es igual, yo de buena fé lo cuento, y aseguro que es tal como sucedió.

Cuando el incendio estaba próximo á abrasarme, cuando la atmósfera me faltaba ya, y la asfixia amenazaba con estallar mis venas, noté que los cuatro ca-



bles que me suspendian se cerraban á unos doscientos metros de elevacion formádo las aristas de una pirámide, cuyo punto no alcanzaba á divisar, ni aun siquiera á darme cuenta de como se verificaba aquella metamórfosis.

Tres minutos despues observé que una sombra extraordinaria empañaba aquella mansion desprovista de nubes: poco á poco, la sombra se aumentaba, y en breve, una masa colosal descendia hácia mi.

Me fijé con frialdad: no tenia miedo ¡cómo! si el miedo era yo mismo.

Poco á poco, aquella mole, destacándose del cristalino espacio que me rodeaba iba dibujándose ante mi vista.

¡Cosa mas rara! en los extremos de aquel cuerpo fenomenal creia yo entrever algo de un sér viviente; pero como? Á una inmensidad de leguas de la tierra, con una atmósfera negativa, hallar un individuo, un huésped misterioso en el espacio; imposible!

Sin embargo, aquel fenómeno continuaba por momentos detallándose. Descendia hácia mi: los cables metálicos eran juguete liviano de su presencia: ¡cosa más rara!

Hay mas; yo no podia resistir aquella atmósfera, y sin embargo, cierto vapor incomprendible que exhalaba aquel cuerpo, prestaba á mi pulmon su necesario alimento.

Entonces me acordé del gran filósofo Kant que dijo que seria un absurdo negar la habitabilidad de todos los planetas, me acordé de Laplace de De Fontanes; con estos recuerdos pensé en Voltaire, y como por encanto se cayó la venda que cubria mis ojos. Muchos de mis lectores conocerán la ingeniosa creacion del jugueton filósofo. En efecto, el célebre Micro-megas del por tantos conceptos célebre Voltaire, se presentó á mi calenturienta imaginacion.

La gigantesca figura de un hombre descendia lentamente: con una mano empuñaba los cuatro cables, como si fueran filamentos para él imperceptibles: con la otra aplicaba un descomunal diamante á su pupila, y examinaba reflexivo el incendio, la casa, y mi individualidad, todo lo cual era, con relacion á él, una chispita de lumbre, una cáscara de piñon, y un infusorio diminuto.

—¡Compasion! Tened compasion de mí,

grité todo lo más fuerte que me era dado. En vano: Micro-megas, pues era él, no se apercibió de mi. Agité los brazos y las piernas con violencia; salté, grité y entonces, guardó el diamante: con las hiémas de sus dedos, índice y pulgar, apagó en el acto el fuego; cogió con facilidad la casa completamente destrozada yá y echándome su aliento que reanimó mi cuerpo con indecible placer, cogió el trozo de uña que le cortó Voltaire, hizo la misma vocina, y la aplicó al oído. Yo le observaba profundamente: su presencia era para mí de tal valía, que mis facultades intelectuales se ensancharon en todo su estrecho poderío para poderle entender.

—Señor Micro-megas, le digo con toda la fuerza de mi voz, salvadme, por misericordia, estoy perdido; si vos no me protegéis, me espera un porvenir horrible: salvadme, siquiera sea por que tengo el honor de conoceros.

—Habla mas alto, dijo procurando dulcificar su voz, la cual no obstante, resonó como la tempestad.

—No puedo, grité; ya veis que mi organismo es casi invisible, y todo está con él relacionado.

—No te oigo. ¿Posees el lenguaje de la naturaleza?

—No sé que es eso.

—¿Oyes la armonia de las esferas?—
Yo me encojé de hombros.

—¿Qué cosa eres? Continuó.

—No soy una cosa: soy un hombre: soy natural de aquel montoncito de barro donde estuvisteis con el Saturniano hace pocos dias.

Pocos dias eran efectivamente para Micro-megas, qué, como aseguró Voltaire, habia de vivir diez millones y medio de años, dia más, dia menos.

—No te oigo, pero te conozco; he visto á tus hermanos en un barrizal que hay en los abismos, en la region del Sol. Una pequeña esfera donde sin embargo hay séres vivientes. Me interesa sobre manera tu adquisicion porque hay quien no quiere creer que tu mundo se halle habitado, á causa de su pequeñez y pobreza de condiciones: tu me servirás para demostrar muchas de mis teorías favoritas; dime, tienes cabeza?

—Si señor; vedla aquí, le contesté alargando el cuello cuanto me fué posible.

—Pobre quisi-cosa—Reflexionaba para sus adentros Micro-megas.—Se esfuerza por hacerse entender, pero en vano!..... ¡Cada dia me afirmo más, en la idea de la existencia de Dios, viendo la vida en tan insignificantes proporciones! Como se vé, no podia yo estar mas rebajado, pero tampoco el momento era para darme por ofendido.

—Escucha, continuó con tono compasivo; pequenito fragmento de la vida, escucha. Yo soy Micro-megas natural de Sirio; soy en verdad muy poca cosa: no tengo mas que ocho leguas de longitud, ni poseo mas que unos mil sentidos. Mi vida es limitada en demasia, pero aun soy una criatura que apenas he cumplido novecientas revoluciones de tu Sol próximamente, y teniendo más de diez millones que cumplir, fácilmente comprenderás que tengo que aprender algo. En cuanto á ti, supongo que tendrás pocas aspiraciones y ningun orgullo; pero si te propones aprender algo de buena fé y puedes conseguirlo, yo te adopto. Yo estaba radiante de alegría.

Mi protector continuó.

—Es preciso pues que observes mucho

en los viajes que conmigo harás y si despues de algun tiempo quieres volver á tu estrecho continente y prefieres vivir allí, te conduciré sin el mas leve disgusto.

Entre tanto que perfecciono mis aparatos para oírte y verte con mas es-crúpulo, procura comprenderme y espre-sar bien marcadamente tu voluntad, con los gestos que te sean mas espontáneos: de esta manera, podré saber lo que ne-cesitas y deseas, si es que en medio de tu extraordinaria pequeñez, eres capaz de desear y necesitar algo.

—A buena parte, dije para mí. ¡Que sér viviente tendrá mas necesidades y de-seos que el *rey* de la creacion!

Micro-megas me cogió adoptando todo género de precauciones para no aplastarme, me introdujo en su cartera de viaje y se lanzó al espacio.

La atmósfera que envuelve al planeta Tierra, quedó completamente bajo mis piés, y una tinta estraña, indescrip-tible me rodeaba. El diáfano color que proporciona la descomposicion de los rayos luminosos en el fluido atmosféri-co, se convirtió á mis ojos en un caos de

oscuridad que me representaba un pasado de tinieblas, á la vez que el espíritu arrebatado á las alturas por mi coloso *cicerone*, me hacia entreveer un porvenir de luz.

Tengo la evidencia de que algun sesudo lector repugnará las aserciones de mi relato fundándose en que salvadas las catorce ó quince leguas de atmósfera, yo no podria vivir ni un solo instante, pero le aseguro firmemente, que no fui yo menos feliz que el Siriano de Voltaire, ni es menos cierta mi aventura, que la existencia de aquel misterioso huésped.

Además, yo no atestiguo con muertos, porque Micro-megas goza en la actualidad de escelente salud.

El que dude, que vaya á preguntárselo, que fácil camino le deparan los vários sábios que han de dar direccion al globo aereostático, Dios mediante, si los dán mimbres y tiempo.

CAPÍTULO XI.

De cómo es útil un compañero superior
á nosotros.

El observatorio de Micro-megas.

Algun tiempo despues, Micro-megas habia tallado de una manera especial su colosal diamante y gracias á esta modificacion, me conocia en detalle.

Entre los vários sentidos que mi héroe poseia, pude apreciar el que pudiéramos llamar *de intuicion*, cuya facultad consistia en comprender en mi fisonomia de una mirada, cuanto yo queria comunicarle.

Además, aprovechando la caída de

un aerolito de los muchos que surcan el espacio, perfeccionó con un casco su córnea bocina, con cuyo ingeniosísimo instrumento llegó á percibir mi voz, si bien era preciso que yo la esforzára todo lo posible.

Él por su parte suavizando su pronunciacion hasta reducir su acento poco mas que al estampido de un cañonazo, me hablaba frecuentemente en mi propio idioma, pues hay que tener presente que el Siriano era un consumado poliglota.

—Observo, me dijo un dia, que tu pulmon tiene una forma y organizacion muy circunscritas; los cambios de las atmósferas distintas porque atravesamos en nuestras escursiones, te impresionan gravemente y no sobrevivirias sino fuera por el fluido que te presta mi traspiracion, ó los gases de que saturo mi cartera cuando en ella te albergas: es preciso que reforme tu organismo, y así lo haré tan pronto como lleguemos á un paraje donde encuentre materia que te sea similar.

—¡Ah! Señor Micro-megas, eso es imposible.

—¡Imposible! ¿Que quiere decir esa palabra?

—Quiere decir, que no es posible modificar mi condicion física.

—¡No se ha de modificar tu condicion física!.. ¿No he conseguido yo aquilatar mi vista para poderte contemplar y dulcificar la voz para comunicarte mi palabra?

Mis imperfectos ojos solo ven á unas dos mil leguas de distancia y sin embargo, con aparatos cuya materia nos proporciona la infinita Naturaleza, veo cuando quiero desde aqui, por ejemplo, los siete millares de millones de leguas que circundan á tus planetas desgraciados.

—¿Efectivamente, todo eso veis?

—¡Qué! ¡Serás capaz de dudar?.... Eres en extremo defectuoso y asaz soberbio: veo que no me crees mas potente que tú, ridiculo extracto de sér viviente. Sin duda serás uno de esos majaderos que abundan en tu inmundo barrizal, y que se creen séres superiores al mas insignificante descubrimiento! Seguramente perteneces á esa pléyade de belitres exploradores, porque cuando te encontré, navegabas por el espacio: y apropósito ¿Qué te proponias descubrir?

—Yo no me propuse nada, tuvo la culpa Boken.

—¿Quién es ese Boken?

—Un sábio, y perdonad la espresion; un sábio que se empeñaba en iluminar con la luz del Sol las tinieblas de la noche, con el auxilio de una plancha de acero pulimentado, que por cierto no sé dónde habrá ido á parar.

—Cuál, ¿aquella cascarilla que atada por cuatro filamentos estaba sobre ti?

—Si señor, aquella misma: tened la bondad de decirme que ha sido de ella, y si ha caido desplomada á la tierra.

—¿Qué es caer?

—Señor, irse hácia abajo.

—¿Qué es abajo?

—¡Qué es abajo!.... Entonces me fijé en que efectivamente, en el etéreo no es como en el Planeta donde podríamos decir, un cuerpo cae de arriba á abajo, al mismo tiempo que nuestros antipodas con la misma razon, lo podrian decir tambien.

Micro-megas, gracias á su gran inteligencia, comprendió cuanto yo reflexionaba y siguiendo mis deseos dijo.

—Estaba yo en el espacio estudiando

tu sistema planetario, cuando vi que uno de los cometas de que me sirvo para viajar frecuentemente, cruzaba por allí. Me pasé á la órbita que describe de pocos dias á esta parte y al encontrarme con él, me llamó la atencion un objeto que atraia por la corriente de uno de sus polos. Este objeto, estaba ya adherido fuertemente y me costó algun trabajo desprenderle cuando el cometa pasó por mi lado. Sujeté los cuatro filamentos con la mano y seguí su limite lleno de curiosidad. Entonces te vi y de ello puedes felicitarte, porque en otro caso, hubieras fenecido sin remedio.

—¡Ahora lo comprendo todo, dije suspirando!... Hacia una temporada que el cometa Encke, se paseaba por la órbita de mi Planeta, ostentando su cola plateada; Boken no contó con esta contingencia, y su aparato fué presa de aquella estrella errante y melenuda por irresistible atraccion.

Ahora bien, poderoso Señor, no os estrañe lo que voy á suplicaros: tengo cierta natural afeccion á esos siete millares de millones de leguas que constituyen mi pais universal y me contentaria mu-

cho que me dijerais, si no os molesta, qué se hacen allá en uno de los globos más pequeños, que para serviros es el mio.

Micro-megas que era de un carácter bondadoso y complaciente, sacó de su maleta unos aparatos de óptica monumentales.

No hay para qué detenerse en descripciones encomiásticas sobre estos aparatos: dada la supremacía física y moral de el Siriano al hombre-tierra, se puede concebir la que existiria de sus instrumentos á los nuestros. Asi de pasada, indicaré la circunstancia que mas me llamó la atención; y es que los lentes no eran de cristal, sino de diamante de un espesor extraordinario. El más pequeño, que era el que Micro-megas aplicaba á su ojo, era poco mayor que una piedra de molino y estaba tallado con mucha habilidad.

—¿Cuál de las esferas? Preguntó el gigante acercando el magnifico telescopio á su pupila.

—¿Veis el Sol?

—Si.

—Pues el mas inmediato, el pequeñito

es Mercurio: luego el siguiente tambien pequeño, es Venus, y el mayor que les sigue, ese es el mio; la Tierra, el Planeta mas favorecido de todos cuantos existen.

—Es, sin embargo, mas pequeño que todos los que le siguen, mas irregular; me parece que le veo alli: es un poco aplastado en su eje?

—Sí, sí Señor, aplastado hácia los polos; es el mismo!

—Y bien, ya le veo; el pobre no tiene muchas cualidades que le honren: su atmósfera es baja, su velocidad imperceptible, su volúmen, microscópico su....

—Perdonad Señor Micro-megas, le interrumpi, avergonzado de que siguiera por aquella interminable senda de piropos que tanto ofendian á mi amor pátrio; perdonad mi interrupcion, pero lo que ardientemente deseo, es saber lo que pasa en un pedazo de tierra que hay en ese Planeta; fijaos con detenimiento; mirad al Ecuador.

Ya estoy: hay un estanque irregular y en medio una pequeña cantidad de arena.

—Mirad un poco mas al Norte.

—Ya estoy, veo unos montoncitos irregulares.

—Serán las sierras de Africa: un poco más arriba.

—Ya estoy: veo un arroyuelo.

—Sí; es el estrecho de Gibraltar. ¿Y despues?

—Veo un pedazo de tierra de cuadro imperfecto.

—Eso es; parecido á la piel de un toro puesta á secar; dije lanzando un suspiro; y llevándome el pañuelo hácia los ojos que vertian abundosas lágrimas, seguí aquél diálogo para mi tan lleno de interés.

—Pues bien señor Micro-megas, continué con voz conmovida, ahí en ese trozo de tierra nací yo.

—¿Y cómo llamais á eso?

—¿A eso? pues España: la mejor de las naciones situada en el mejor de los planetas: la tierra clásica del valor y la hidalguía, la tierra de los garbanzos y de la buena fé....

—¡Ta, ta, ta, ta,! .. Interrumpió Micro-megas; ¿y cómo dices que se llama aquel otro arenal que está separado del tuyo por aquel arroyuelo?

—África.

—¿Y no corresponde á tu país?

—¡Cá! no señor, hay una distancia inmensa.

—Yo no veo mucha sin embargo: y bien, qué mas quieres saber?

—Fijaos, fijaos mucho en sus detalles y decidme de esa querida pátria cuanto podais investigar. ¡Si viérais cuánto me interesa!.... Dije no pudiendo contener un llanto desgarrador.

—Veo en el centro un conjunto de pequeñas viviendas: en él se agitan zumbando en derredor, multitud de animalillos....

—Será una colmena—pensé—¿Hay zánganos?

—Sí; pero muchos.

—Ah!... Entonces es Madrid; la corte de mi pátria: si viérais Señor que pueblo tan alegre y divertido es ese!....

—Sí, ya me lo parece: no falta algazara y cháchara: por lo que veo, los demás pueblecitos no están dotados de igual temperamento, pues en general, están muy ocupados.

—Eso vá en génius señor Micro-megas y mucho tambien contribuye la organizacion natural.

La corte es la corte; de costumbres

más afortunadas; el resto de la Nación, tiene apenas tiempo para trabajar.

—Veo en esa explicacion algo de injusto: ¿quién manda ahí?

—Madrid: los pueblos apenas si obedecen.

—Cuáles son los más?

—Los pueblos.

—Entonces, no lo entiendo.

—Hay en mi tierra cosas que no se comprenden á primera vista, pero fijándose bien...

—¿Qué?

—Tampoco se comprenden.

—Cuál es la riqueza de esos pueblecitos?

—La agricultura, y un si es no es de industria.

—¿Hay agricultura en Madrid?.....

—No señor.

—Habrà industria.

—Cá, no señor!... Sin embargo viven de ella.

—Ya lo voy comprendiendo: en los pueblos se trabaja, y en Madrid se piensa. ¿No es así?

—No se piensa: es decir, se piensa en que trabajen los pueblos.

—Ahi tendreis vuestra academia de la lengua, vuestro observatorio

—Tenemos lengua de academia, que allá se vá: y en cuanto á observatorio, todavia no hay más que dos plazas de toros.

—Entónces, de dónde salen esos intrépidos exploradores que he distinguido algunas veces y esos flósofos sesudos que de vez en cuando toman asiento en esa esfera?

—Salen de otras partes, pero hacen mucho daño: ejemplo, mister Boken.

—No habeis tenido nunca un Boken en vuestro pais?

—Cá, no señor!

—Cuáles son vuestros predilectos hombres de más imperecedera gloria?

—Que yo sepa, Montes y Curro-Cúchares.

—Y esos son tan sábios como mister Boken?

—Son mucho más; pues ellos no hubieran cometido la estuperda barbaridad, merced á la que tengo el honor de estar á vuestro lado.

—¿Cuántos sentidos teneis los vivientes de esas tierras?

—Muchos tienen cinco.—Le contesté un tanto avergonzado.—Sin embargo, hay quien asegura la existencia de alguno más, pero nos ha faltado siempre el tiempo para poderlo averiguar á ciencia cierta. Además, en nuestro país, con cinco sentidos, tenemos que nos sobra.

—Cuál es pues, vuestra misión en ese suelo?

—Gozar si se puede con posibles, y trabajar sinó.

—¡Pobres átomos!—Murmuró el coloso—no puede exigirse otra cosa de su insignificancia!... ¿Y dime; qué pensais de nosotros? ¿No estais envidiosos de nuestra superioridad?... Yo me callé como un muerto.

—No remontais jamás vuestra pobre inteligencia á las maravillas infinitas del espacio?

Qué pensais del Sol que os envuelve, de la armonía que os preside, y de esa cadena de brillantes, entre los cuales está el Planeta donde yo nací, tan superior á todos los de vuestros sistemas?

—Si le digo lo que pensamos de todo eso, reflexioné—me tritura;—asi, me hice el sordo.

Micro-megas, guardó su lente: se quedó un momento pensativo y elevando sus ojos á la altura, cubierta de tachones de esmeralda y rubí, pronunció fervoroso una oracion, que como no entendí, me mordí los labios para contener la risa.

Mirot-negas guardó su lente: se puso un momento pensativo y elevando sus ojos á la altura cubierta de ramos de esmeraldas y rubí, pronunció fervoroso una oración, que como no entendi, me mordí los labios para contener la risa.

Del mismo modo que viviendo en una casa mucho tiempo, sentimos abandonarlas á ellas nos apegan, que el olvidarlas se nos figura ser muy grave cosa.

CAPÍTULO XLII.

Donde se vé que Micro-megas no era partidario de ciertas teorías de negacion.

Transcurrido algun tiempo, ya casi me daba el parabien por mis rarisimas desgracias.

Vagaba de maravilla en maravilla: Micro-megas me honraba con su amistad, y al fin y al cabo estaba lejos de la sociedad terrestre.

No faltará quien proteste al verme felicitar de tal alejamiento, y por eso conviene que explique mis palabras, ya que á falta de autoridad, tengo en mi abono la no pequeña de la esperiencia en este caso. El mundo en que vivimos, la socie-

dad que nos educa y las leyes particulares que nos rigen, son miradas, en abstracto, no muy encantadoras cosas; pero el hábito y la natural molice de tal manera á ellas nos apegan, que el olvidarlas se nos figura ser muy grave cosa.

Del mismo modo que viviendo en una casa mucho tiempo, sentimos abandonarla, aun que en el cambio ganemos quinto y tercio, del mismo exactamente, sentimos despegarnos de la vida que fué por mucho tiempo nuestro hábito.

Pero cuando gozamos de mas engalanadas circunstancias y de costumbres mejores, nos olvidamos por completo de lo que ya pasó.

La memoria, esta facultad maravillosa del cerebro, cumple también con semejante particularidad. En la desgracia recordamos á los bonancibles tiempos: en la felicidad, jamás nos acordamos de nuestras pasadas penalidades.

Decidle á un opulento improvisado, si se acuerda de su miseria de ayer!...

No, ni quiere. Siendo esto así, como lo es, cuando yo me remonté al espacio, lo desconocido me aterró; pero cuando por amigo

cariñoso tuve un ser de las especiales circunstancias que en Micro-megas concurrían, cuando los portentosos cielos eran mi gabinete; cuando la armonía de las esferas al girar, me daba cadencia y serenata y había luz bajo mis pies, luz sobre mi cabeza, llegué á olvidarme del Planeta.

Espero que se me perdone esta ingratitud, en honor á la franqueza con que la manifiesto.

Micro-megas cada día más simpático y comunicativo, me hacia saborear con deleite los primores de aquella emigración celestial.

Unas veces nos sentábamos cómodamente en la superficie de un satélite y desde allí, haciame curiosísimas relaciones del Planeta á que correspondía.

Otras me lanzaba por el interminable laberinto de sistemas y de mundos que vulgarmente llamamos *via láctea*.

De vez en cuando, me hacia observar esferas cristalizadas donde la vida habia caducado por completo. Algunas de estas, erizada de gigantescas pirámides de consistente hielo, que parecían propiamente moles inmensas de diamante

fino. Otras de una opacidad más pronunciada, desprovistas de toda capa atmosférica, semejaban inmensos focos de un verde negro, fatidico y sombrío. Los Apeninos, los Alpes y los Pirineos, los veía por doquier, representados en gigantescas peñas de rígida materia. Estos era los parajes del pasado: la hora anterior, marcada en el infinito reloj del Universo. ¡El cementerio de los mundos!

—Mira, mira—me dijo un día Micro-megas con entusiasmo, señalándome un Planeta.

—Aquél Astro esplendoroso que ves allí, aquél es Sirio, el viejo Sirio, en un tiempo de fogoso y encendido centelleo, hoy de fulgores plateados. ¿Ves, qué lánguidamente nos bendice? Pues tuvo en su tiempo la arrogancia de la juventud, como tú, como yo, y como todo cuanto existe.

--¿Juventud?... Le interrogé estupefacto.

Evidentemente;—me contestó.—Pues qué fueron esos globos cristalizados que has podido contemplar? Qué son sinó cadáveres de un mundo que existió...? Ese rítmico girar de los planetas

cuyos ecos melodiosos oímos sin cesar, enfria lentamente el fuego que les dá pródiga esencia; condensa sus líquidos, amortigua su lujosa lozania y se extingue por fin. Así, habrás visto allá en la esfera tuya, cómo un sér, de la infancia camina á la virilidad y desciende á la decrepitud despues.

El mundo en que naciste, es aún muy jóven; apenas si ha empezado á envejecer un pequeño punto de su masa. En los polos, la vida habrá dicho ya su última palabra, é irá progresivamente, corriendo en busca de fuego que la anime, hacia la region ecuatorial que mas activa, conservará la sustancia ignea, hasta que por completo consumida, quede solo helado vestijio de su poderio.

—No sé porqué al oiros, me siento poseido de admiracion sin igual. Vos sois un ser extraordinario.

—Con relacion á ti, extraordinariamente grande: con relacion á los habitantes de regiones superiores, extraordinariamente pequeño.

—¿Tal vez los hay mayores en materia y esencia?

—Seguramente; aunque son incom-

prensibles para tus limitadísimos sentidos.

—¿Cómo pues?

—Puedes darte razón de lo que no se halle al alcance de tu poderío?... Podría el infusorio que en tus venas reside, darse razón de tu forma y atributos?... Podrías tú conocer al infusorio antes de que el microscópio se hubiera perfeccionado?... No, porque lo que no es material, tangible, ponderable, similar, en fin, á tu naturaleza, no solo no lo concibes, sino que estás dispuesto á rechazarlo por imaginario. Advierte la significacion de la palabra, *compend*, *prender*, en *com*; así, para adquirir el dominio de una cosa, ésta tiene que ser á ti, no sobre ti, porque en tal caso no puedes *comprenderla*. No hubierais conocido jamás la variada inmensidad de las esferas lejanas, si con la imprenta no hubierais acaparado las investigaciones de millares de inteligencias anteriores á vuestra generacion. Inteligencias que merced al reciproco consuno y al trascurso del tiempo, os ponen en camino de la verdad, facilitando con el progreso de la quimica, los oscuros arcanos de la

materia, aumentando con la óptica el alcance de vuestra vista, y con el vapor la potencia de vuestra fuerza.

—De manera, que segun vos, le objeté fatigado de tales digresiones puramente especulativas, segun vos, cuando esos progresos se terminen....

—Habrá dicho la humanidad su última palabra.—Me interrumpió muy satisfecho.—Así pues, no te estrañen mis escasas facultades; que aunque poseo sentidos suficientes para comprenderte carezco de los necesarios para hacerte comprender lo que para mi no es otra cosa *que un conocimiento intuitivo.*—

No cabe en humana cabeza cúmulo tamaño, de tamañas tonterías.

Esto me afirmó en una idea que en mí persistia de abolengo, y es; que así como los hombres vigorosos y fornidos se relajan abusando de sus fuerzas, los cerebros superiores, se liquidan abusando de su dominio. Indudablemente, el Micro-megas de Voltaire, era moralmente el Boken de Campbelton, y así como los proyectos del insigne geómetra se convertian en humo, los sesos del Siriano, se convertian en agua. Pero ¿por qué

razon el Siriano habia de tener sesos?...
¿Forzosamente su materia habia de ser
semejante á la mia?

Músculos y nervios necesita el hombre para imprimir la fuerza, pero ¿acaso el huracan de empuje irresistible, tiene nervios y músculos?....

Confieso lealmente á todo el que se digne leer estas cuartillas, que en aquel caso, mi cabeza era un ovillo de bramante. Deseando á todo trance que el coloso no hiciera punto final á su relato, y en la esperanza de agotar sus extravagantes apreciaciones le dije:

—Vos, señor Micro-megas, sois un ser privilegiado, poseis la ciencia....

—¡Éh! ¿Qué dices? La ciencia no es simplemente el conjunto de conocimientos relativamente superiores, no.

Los conocimientos se hallan espuestos al error, y la ciencia es más que eso; la ciencia es la posesion de la certidumbre, el estado de la verdad. La ciencia es la última expresion de la actividad intelectual. No imagines pues, que yo la posea, porque en este caso no estaria cerca de ti que te agitas en el estado imperfecto, sino que estaria cerca

de Dios, que es el fondo de toda actividad, de toda sabiduria y de toda perfeccion!...

Con tan profundo respeto, con tan firme convencimiento pronunció el Siriano las frases que literalmente acabo de estampar, que no pude menos de identificarme con la misteriosa corriente que á él me atrajo en aquel momento. Corriente, dije. Perdóneseme la palabreja en gracia de una tacha, que al fin y al cabo, corriente es la simpatia, que ejerce el creyente con sus sinceras frases, al revés que el hipócrita con sus exórdios campanudos.

—Asi pues ¿creeis en Dios? Pregunté admirado á Micro-megas.

—¡Cómo! replicó un tanto amostazado: ¿puede dudarse de Él? ¿Podrá creerse la criatura á sí misma, podrá creer las maravillas que le rodean y dudará del Creador?—Antes que dudar de Dios, tienes que negar tu propia existencia.

—Perdonad señor Micro-megas, yo jamás dudé, antes bien se manifiesta ante mi vista en cualquiera de los detalles que se encadenan al armonioso

laberinto de la inmensa Creacion; pero allá, en mi Planeta, se ha dado en negarle por ciertos séres que poseen patente de Sabiduria, y al oiros á vos, que sabeis mas que todos ellos....

—No, no lo creas: tambien en la esfera donde yo nací, descuellan muchos en fuerza de estravagancias; estravagancias de que con gusto alardean, si ellas les sirven para herir la opinion.

Hay ciertas negaciones insensatas que pudiéramos llamar la soberbia de los ignorantes; porque es ignorancia absoluta negar, por ejemplo, el pensamiento, teniendo necesidad de pensar para negarle.

El hombre negando á Dios, es mucho menos todavia que la gota de rocío negando la existencia de los mares: menos aún que el átomo de polvo, negando la existencia de la tierra.

CAPÍTULO XIII.

Divagaciones metafísicas de Micro-megas

Al leer el emperador de Francia una obra del sábio Laplace, le manifestó su extrañeza de que no citara en todo el libro ni una sola vez el nombre de Dios. «No he tenido, señor, respondió Laplace, necesidad de semejante hipótesis.»

Otro sábio Aleman, filósofo del mañana, dice no sé donde, pero estoy cierto que lo dice, que la idea de Dios debe cederseles á los maestros de escuela para que se distraigan explicándola á los

chicos, únicos á quienes tales preocupaciones se pueden dispensar. Calculen, pues, mis lectores, si al oír yo del coloso las frases que apuntadas dejo en el anterior capítulo, no me picaría estremada curiosidad. Ciértamente, siempre me fueron de mal gusto los que en un alarde de ilustracion reconocida, pretendian deslumbrar á sus semejantes con negaciones de gran bulto.

Negar que tal cosa fuera de tal modo, es menos difícil, principalmente á los que poseen el don de la locuacidad florida y vivaracha, que probar, cómo aquella pudo hacerse sinó. Así pensando siempre, anhelaba depurar el pró y el contra y aprovechando mi accidental fortuna, me dirigí al Siriano con esta observacion:

—Si la Criatura pudiera rodear al Creador de formas y atributos, le seria de más fácil aceptacion. Tal vez por no conseguir este propósito, hay alguno que le niegue.

—Negarle, porque no se le comprende, es soberbia estremada, me respondió Micro-megas. Además, para llegar al conocimiento de un objeto, son necesarias

ciertas esencias de relacion. Cuando lo subgetivo es relativo y finito y lo objetivo es absoluto é infinito ¿dónde pueden existir las relaciones? Como no existen entre la ignorancia y la sabiduría, entre la sombra y la luz: por eso la ignorancia y la sombra no podrian concebir la sabiduría y la luz.

Yo entendia mejor estas brevisimas razones que el farrago de frases, que en distintos tonos, habia escuchado y leído en mi pais.

Si esta preferencia por el Siriano, arguye falta de patriotismo, por mi parte, nuevamente ruego que se me dispense la franqueza.

Micro-megas esperaba mas preguntas; se conocia que gustaba deshacer este género de obstáculos. Yo quedé reflexivo hasta que él me interrogó.

—Cómo entienden esos, vuestra causa primera?

—¡Ah! Señor; hay quien la esplica linda y prontamente.

—Veamos.

—Un gran filósofo dice; que lo que somos, lo debemos; un poco á nuestros abuelos, á nuestra nodriza, á nuestro

pais, á nuestra educacion, al aire, al tiempo, al sonido, á la luz, á nuestro régimen y á nuestros vestidos. (1)

—Y esos á quienes debeis, á quién deben lo que les debeis vosotros?

—Eso no lo dice el filósofo á qué aludo. Sin embargo, afirma que todo cuanto existe es materia.

—¿Inerte?

—Nó, con fuerza que la es peculiar, con cuyo consuno se manifiesta todo cuanto nos rodea.

—Y cuál es la soberana, la fuerza ó la materia?

—Hay várias opiniones, pero la más corriente establece estrecho vinculo entre los dos elementos,

—Es decir, que esos sábios, que por lo visto se parecen mucho al Boken, de que me hablaste al principio, esos sábios, admiten más facilmente una fuerza ciega en una materia ciega ó vice-versa, que un Dios! ¿No observan en todo cuanto les rodea una sábia armonia y una esencia ordenatriz?..... Si ven esto, si aceptan la ley del progreso, que no

(1) Meleschot.

podrán menos de aceptar, ¿no ven que ese progreso obedeciendo á leyes inmutables y ordenadas, no puede ser resultado de la materia que rueda ¿ciegamente á un término fatal?....

—A eso objetan ellos, repliqué con timidez—que la materia sigue en su derrotero las leyes del progreso indefinido.

—Pues si es así; si la voluntad, el génio, el honor, la virtud, el afecto, el deseo y la esperanza no son nada, si la materia es todo; ¿para qué el estudio, para qué la moral y el ardiente amor á la libertad y á la ciencia?.... Si la materia que rueda, con progreso ó sin él, impulsada por fatales leyes lo es todo, vuestra actividad no será más que ridiculo cansancio!.... Si los que tales cosas quieren hacer creer, las creen ellos, supongo que no tendrán libre albedrio y que no se inquietarán por nada. ¿No pensarán tampoco?

Si, piensan y se inquietan.

—Pues si piensan, la materia es regida por el pensamiento, y si se inquietan, por la voluntad!

—Este modo de argüir me hizo quedar mudo, y á la verdad lo sentia por mis

sábios compatriotas que á mi modo de ver no tenian retirada decorosa.

Con toda ingenuidad declaro, que apesar de estar más conforme con el Siriano que con mis hermanos de la tierra (por los materialistas, digo) el orgullo nacional, digámoslo así, me hizo defenderles hasta la última trinchera.

—No pueden esplicarse las esencias á que os referis, tan facilmente como la materia misma.

—¿Cómo se esplican tan facilmente la materia?—Me preguntó.

—Por el átomo.

—¿Qué es eso?

—Una partícula infinitesimal indivisible.

—¿Indivisible?

—Justamente!

—¿Y quién les dice que el átomo por mínima que sea su cantidad, no puede dividirse en una porcion interminable? En mi Planeta se aseguraba, que no podia existir una proporcion animada menor que ciertos insectos á cuyos estudios yo me dedicaba con esmero. Te he visto á tí que eres menor que el menor de ellos, y veo que hay tipos semejantes á tí, que

limitan hasta eso que llamais átomo la última espresion de la materia. Mis experiencias me autorizan para suponer que lo que para vosotros son átomos infinitesimales, serán montañas gigantes para otros séres vivientes que no estén al alcance de vuestras investigaciones limitadas.

—Y esos séres en el supuesto de que existan?....

Tendrán su escala inferior.

—¿Hasta qué término, Señor?

—Ahí está el cáos: ahí se estrellarán los atomistas que han aceptado una quimera, por el no envidiable privilegio de hacer efecto entre vosotros.

—¿Y si admiten el átomo como una proporcion imaginaria?

—Entonces prescinden de hechos ciertos é incurren en especulaciones imaginarias, que es de lo que tanto acusan á sus contrarios.

Existe pues el infinito del más al menos, como existe del menos al más. Hé aqui por qué tan incomprendible es el átomo á la investigacion humana, como el conjunto de todò lo existente.

—No lo hubiera creido.....

—Es claro; antes que la razon, obra siempre la imaginacion. Aquella analiza, esta nó; y como lo más breve, es aquello que hiere á los sentidos, el átomo, te le representabas facilmente porque suponias un ente inferior á ti, y tu orgullo lo aceptaba; mientras que la inmensidad, no podian tus sentidos suponrtela sinó por el ejercicio de la razon. Ahora bien; la razon llega para muchos tipos tarde, porque ya la imaginacion hizo su efecto conel cuál se encuentran muy conformes.

En un papel de fumar tomé yo nota de las inflexibles respuestas del Siriano y no pude menos de recordar, que para tratar de esplicar lo contrario, ó hablar-nos del asunto, Moleschost, Buchner, Vogté infinidad de sábios, emborronaron algunas resmas de papel con frases enmarañadas, que apesar de cierta nebulosidad notoria, son por muchos admitidas, como si dijéramos á piés juntos. Yo apesar de todo, persisti en nuevas objeciones y le dije.

—Una observacion fisiológica oponen además mis compatriotas materialistas á la que dán fuerza de treinta caballos, y dispensadme la frase.

—¿Cuál?

—Dicen ellos. La masa encefálica, es materia que rige al pensamiento.

—Por qué no ha de regir el pensamiento á la masa encefálica?... ¿Acaso el rostro y el conjunto físico no demuestran la influencia del pensamiento, con caracteres tan vários como el pensamiento se manifiesta?

—No es eso: ellos arguyen con más contundencia. Demuestran que cuando el cerebro sufre alteracion, la razon se perturba; y prueban con esto, que la razon es resultante de la organizacion perfecta cerebrál.

—No lo entiendo.

—Me explicaré mas claro. La locura, el idiotismo y otras perturbaciones de la razon, se producen por consecuencia de lesiones en la masa encefálica, ó por irregularidad material de su constitucion.

—¿Y qué?

—Y qué!... ¡Pues es un grano de anís! Eso demuestra, que pues la razon no se produce lozana sin el perfecto equilibrio de las funciones orgánicas, claro es, que la razon, es súbdita de la materia.

—Eso demuestra lo contrario precisamente.

—¡Cascabeles! dije sin poderme contener.

—Ciertamente, continuó Micro-megas impasible. Si una lesión *material* desarmoniza los medios *materiales* de comunicación, la razón no tiene la culpa; no deja de existir, porque á falta de un perfecto agente *material*, no puede manifestarse con la materia. Del mismo modo que un excelente músico, no deja de serlo, porque el instrumento con que manifiesta su talento, se rompa ó se desafine.

—Basta, poderoso señor, exclamé vencido; no me permitiré por mas tiempo, impertinentes observaciones.

—Si dudas, háblame más, terminó el Siriano con paternal acento.

Vuelve pues, continuó el Sr. Juan
vuelve á la región en que naciste y no
olvides esta máxima: «Extremar y exal-
tar una creencia, obliga á los contrarios
á exaltar y extremar sus objeciones; de
esta lucha vehementemente resulta el tam-
bién en los unos, la negación en los
otros. Uno y otro final, son igualmente

CAPÍTULO XIV.

Donde el autor se escapa por la tangente.

Lector querido: allá por el año de 1871, escribía á ratos perdidos esta série de sucesos increíbles. Como se vé, no he podido dártela hasta hoy año de 1877. En el trascurso de estos seis años, se me han extraviado unas veinte cuartillas que seguian al capítulo anterior; las he buscado inutilmente, y como sé que eres noble y compasivo, te ruego que me dispenses si las escribo de nuevo.

No me taches, pues, de descuidado, que en seis años españoles, no es mucho perder veinte cuartillas. Cuento pues con tu indulgencia y en su virtud, haremos una série de puntitos

Vuelve pues, continuó el Siriano vuelve á la region en que naciste y no olvides esta máxima. «Extremar y exaltar una creencia, obliga á los contrarios á exaltar y extremar sus objeciones: de esta lucha vehemente, resulta el fanatismo en los unos, la negacion en los otros. Uno y otro final, son igualmente absurdos y dañosos.» Lo confieso, yo estaba humillado: la causa, Micro-megas y yo la conocemos, y siento por mi parte haber perdido el manuscrito, para que la supieras tambien tú, lector amable.....

CAPÍTULO XVI.

Locomocion etérea. Regreso al

Planeta Tierra.

Al mostrarme tan inaccesible y un si es no es atrevido, ante las opiniones del Siriano, como se habrá comprendido en los Capítulos XIV y XV, jugaba el todo por el todo, y bien esperaba del coloso un castigo tan severo como merecido. Lo declaro espontáneamente; yo le objetaba con empeño por amor pátrio más que por convencimiento. Por un lado me parecía que Micro-megas tenía razon que le sobraba y por el otro veia que su razon perjudicaba grandemente

á la bien sentada fama de que segun mi presuncion gozaba mi Planeta. ¡Cuántos sostienen con ardor una teoria y aunque lleguen á conocer su error siguen por amor propio sosteniéndola! Más de dos y más de cuatro, por afirmar la razon de la sin razon que ellos conocen, arrancan una vida, y aun la suya pierden si se tercia. Yo obrando asi, en consonancia con mis nobles semejantes, reime del coloso y jugué á cara ó cruz sus simpatias.

Algun tiempo trascurrió, durante el cual, el Siriano parecia no ocuparse de mi existencia: yo deducia poco bueno de tan marcado desden y resignado esperaba su fallo inapelable.—Un dia, pensaba yo, se encuentra de mal humor este fenómeno me echa su aliento y me hace fermentar como áun orujo.—Pero no sucedió así; el Siriano no era partidario por lo visto de castigar con martirios corporales. Falta de buen gobierno; pues nada hay que lleve mas rápido convencimiento al alma, que unos cuantos cardenales en el cuerpo. ¿Quién no se convenció hasta la evidencia merced á la paleta del maestro, allá en sus

infantiles años? ¿Quién no dijo que sí, queriendo decir que nó, gracias al agradable compás de unas correas? Evidentemente, Micro-megas, que desconocia estos como otros muchos eficaces medios, estaba (como decimos comunmente) por *civilizar*.

Pasó algun tiempo más; la misma indiferencia por parte del Siriano.

Llegó por fin el dia en que se ocupára de mí y colocándome en la uña de su dedo pulgar se espresó de esta manera.

—Las estravagantes impresiones que de tu Planeta conservas; tus ideas inconcebibles respecto á un buen sistema para perfeccionar tu espíritu y tus opiniones metafísicas, me obligan á pensar que no has de conseguir al lado mio tu regeneracion. Bien es verdad, que no debe ni puede violentarse el armonioso empuje del progreso. Yo aunque quisiera, no podria conseguir, que siendo cuerpo de tierra, fueras menos imperfecto. Vuelve á Boken, sigue tu camino hasta que hayas cumplido tu mision.

Esto decia Micro-megas, sosteniéndome apenas en la uña de su dedo pulgar.

—¡Me lanza á los abismos! murmuré aterrado.

—Señor, grité, si os he faltado, dispensadme que al fin no es culpa del insecto no volar con la rapidez del águila. No me guardéis rencor y sobre todo, no me precipiteis en el espacio.

—¡Precipitarte!.... ¿Con qué objeto?

—Como hablabais de enviarme á mi Planeta!...

—Te disgusta?

—Confieso que nó, pero temo romperme alguna cosa durante mi descenso.

—¡Que amor á la materia!.... Murmuró el Siriano. Si estos animalitos cuidáran de su alma tanto como de su continente, serian menos desagradables; pero desgraciadamente su cuerpo es para ellos todo; su espíritu, es un liviano objeto de rara hipocresia.

Dicho esto, con sin igual desden, mezclado de compasion, para mi harto depresiva, me cojió con precaucion extraordinoria y empezó á descender.

Es imposible describir los espacios que crucé en su compañía.

Trascurrido algun tiempo llegamos á Neptuno, que es como si dijéramos la

frontera de nuestra Pátria astronómica. Por allí pasaba entonces el cometa Halley donde nos embarcamos para hacer el viaje con mas comodidad.

Al llegar á este punto, volví á recobrar mi perdido patriotismo, tal vez por que me hallaba ya, como quién dice, á las puertas de mi casa (poco más de mil millones de leguas) y si bien sentia perder la amena sociedad de Micro-megas, me daba por muy contento con volver á mi chirivital á adquirir la indisputable categoria de rey de los animales, aunque rey sin vasallos y vasallo de todos.

La segunda Estacion, la dejamos á la derecha. Era el Planeta Urano, de brillo pálido y enfermizo, *cual añoso candil de aceite escaso.*

A la izquierda, despues, dejamos á Saturno, que apesar de la ferocidad conque le revisten las imajinaciones mitológicas y calenturientas, me pareció muy simpático. Pasé rozando el faldon de mi levita con uno de sus magnificos anillos, semejantes á dos movibles aureolas, en cuyo centro estaba sugeto con simetria el *antropófago* Planeta.

La cuarta Estacion, donde nuestra locomotora se detuvo apenas para tomar agua y coger el correo, era el mundo de Júpiter, con sus cuatro satélites que parecían farolillos venecianos.

Desde Júpiter, pasamos por una especie de Cementerio donde parecia haber acontecido una catástrofe. Era aquello un campo de batalla despues de sangrienta jornada, salpicado de despojos raros.

Y como para afirmarme más en esta apreciacion, encontramos luego á Marte, que es el dios de los buenos cintarazos. Al llegar á este Planeta, hubo cambio de tren. En efecto, el cometa Encke nos salió al encuentro y como iba con rumbo á mi país, nos embarcamos en él.

Al ver el nuevo vehiculo, se acrecentó en mi el recuerdo de la tierra y al mirarle con espresion de ternura, vi en él una cosa que me hizo palidecer súbitamente. Micro-megas comprendió mi estupor y sonriéndose me dijo.

—¿Te asusta ese objeto?

—Grandemente Señor.

¿Qué ves en él?

La plancha maldita de mister Boken y los cables que arrancaron la fonda de mister Campbelton.

Efectivamente; el cometa tenia fuertemente adheridos á su masa estos artefactos desdichados.

—Y bien, señor Micro-megas; ¿No los desprendisteis vos?

—Si, pero el cometa ejerció en ellos nuevamente su atraccion.

—¿Y ahora que vais á hacer? le interrogué con los ojos espantados. ¿Tal vez vais á vengaros de mi desobediencia?

—¡Vengarme! ¿En la Tierra os vengais de quien os contradice?

—Se dán casos.

—¿No sabeis que la venganza es la satisfaccion de un instante de locura que enjendra eterno remordimiento?

—¡Ah!... señor, perdonad que mister Boken haya seducido á muchos sábios con su triste desatino, y que el más humilde de los hombres se haya burlado de vos.

Al hacer un paralelo entre Boken y el Siriano, estuve á punto de rogarle que olvidando mis muchas inconveniencias me tomára á su servicio, pero ya era tarde.

Un soporcillo comfortable que pro-

venia de la cercana atmósfera terrestre me devolvía añejas aficiones, solo perdidas accidentalmente.

—Marchemos, me respondió el Coloso, aun me necesitas.

Un momento despues, me cogió cuidadosamente con las yemas de sus dedos indice y pulgar, á la manera que se coje un polvo de rapé.

Una violenta sacudida hizo estremecer mis nervios.

—¿Qué vais á hacer?

—Ya estás en tu atmósfera: un paso de la tierra. Y al decir esto, levantó su brazo con siniestra intencion.

El sudor helado del más extraordinario espanto me inundaba.

—¡Señor! grité esforzando mis pulmones...

En vano; Micro-megas sonriendo con impasible calma, arqueó los dedos, de pronto los abrió y me lanzó á las nubes.

—¡Bárbaro! gritaba yo sin poderme contener y haciendo bolatines por el aire ¡bárbaro; bárbaro!

Yo seguía lleno de asombro frotándome los ojos.
 —He olvidado ya bastante, seguía Campbellton, pero yo me quería de veras las inconveniencias.
 —¿Y qué?...
 —¿Y qué? Que me tendréis que pagar una indemnización en oro ó plata con exclusión de todo papel moneda procedente de vuestro país.
 Al ver a aquel hombre tan enarpe-

CAPÍTULO XVII.

Donde el autor vuelve sobre sus pasos hasta dar con el Capítulo primero.

—¡Eh! ¿Que decís, qué significa esa indirecta? me decía una voz aguardentosa, al mismo tiempo que pesada mano golpeaba con furor mi hombro.

Atónito me froté los ojos, volví la cabeza y me encontré con la de mister Campbellton que me miraba con indescriptible ferocidad.

—¿Que es esto? ¿donde estoy?

—Estais en mi casa, caballero; en mi casa á la que debéis un poco más respeto.

Yo seguia lleno de asombro frotándome los ojos.

—He tolerado ya bastante, seguia Campbelton, pero yo me quejaré de vuestras inconveniencias.

—¿Y qué?...

—¿Y qué? Que me tendreis que pagar una indemnizacion en oro ó plata con exclusion de todo papel moneda procedente de vuestro pais.

Al ver á aquel hombre tan exasperado, yo estaba estupefacto, hasta que poco á poco se dibujaban ante mi vista el gabinete de fumar de la fonda del Rey Jorge: la chimenea, el tarro de ginebra y las dos copas.

Apesar de la turbacion de mi cabeza, fui lentamente recobrando la posesion de mis atormentadas ideas y comprendiendo que habia sido victima de un sueño original. Entonces me dirigí cortesmente á mister Campbelton, preguntándole la causa de su extraño mal humor, en pago del cual habria de exigirme ante los tribunales del Reino Unido un puñado de schelines.

—¡Que! ¿Os retractals? me dijo con agresivo tono.

—Mister Campbelton!.. Le interrumpi amostazado por semejante pregunta.

—Si, porque me habeis insultado, y no solamente á mi: habeis ofendido á un personaje ilustre! Esta última frase la pronunció con honda indignacion.

—Explicaos.....

—Ante los tribunales me explicaré; dijo disponiéndose á salir del gabinete.

—Sino me manifestais con claridad la causa de vuestro intempestivo enojo, tendré que modificar con harta pena el buen concepto que me iba mereciendo la noble tierra de Escocia.

Y En presencia de tan espantosa amenaza, el fondista entró en razon, y procurando moderar su entonacion severa, me dijo:

—A poco rato de marcharme de esta sala con el objeto de que durmierais tranquilo, empezasteis á reir ostentosamente de cuanto yo os hablé un momento antes. Poco despues pronunciasteis incoherentes frases, depresivas para el respetable nombre de mister Boken y al entrar yo ahora para rogaros que no os burlarais mas de tan esclarecido varon, me habeis llamado *bárbaro* por tres veces:

esto es, ó no es verdad? Asi me interrogó el fondista mal reprimiendo su enojo.

—¡Ah, mister, perdonad!... Ahora lo comprendo bien. Perdonadme una falta que no he cometido y que estoy muy distante de cometer, tratándose de un escocés tan digno como vos, y de un geómetra tan distinguido como mister Boken. Yo os explicaré todo eso que es un sueño extraordinario, originado por vuestra magnífica ginebra, capaz de emborrachar á la estatua de Jacobo II.

—Veamos, veamos, decia con simpática espresion de curiosidad, y llenando sonriente las copas de ginebra: veamos y bebamos.

—A la salud de Iglaterra en general y de Escocia en particular, dije brindando y probando apenas el decantado licor. Campbelton ya casi satisfecho, me contestó.

—A la salud de España!

—Falta la hace, contesté sin poderme contener. El fondista apuró telegráficamente su rebosante copa y limpiándose la boca con la mano se dispuso á escucharme.

—Deciais que...

—Decía, que vuestra ginebra me trastornó el cerebro, é impresionado con la agradable influencia de vuestra amena conversacion, (Campbelton se inclinó hasta el suelo) soñé la cosa mas estúpida que os podeis imaginar. Figuraos que la ciencia de mister Boken, en su majestuoso vuelo se proponia conseguir, no ya comunicarse con los habitantes de la luna, merced á sus grandes espejos, si nó....

—Si nó con los del Sol; interrumpió Campbelton: pero Boken dice que en el Sol no hay habitantes.

—No, con los del Sol tampoco, que nó debe haberlos puesto que lo dice Boken, sino elevar sus espejos colosales hasta que durante la noche reflectáran los rayos del Sol sobre la Ciudad de Glasgow.

—No comprendo!

—Veis como se traslada con un pedazo de espejo el reflejo de un rayo de Sol sobre un punto contrario? El fondista me interrumpió dándose en la frente una palmada.

—Ah! si; perfectamente.!! Pues mirad; es posible que si mister Boken

estudiára.... Y Campbelton reflexivo, se mordía el extremo de las uñas.

—Pero, y aquello de bárbaro?

—Pues bien, por una singular catástrofe, yo me había elevado á los espacios donde travé relaciones con un personaje fantástico del célebre Voltaire.

—¿Quien ese se Voltaire; es geómetra?

—Es un célebre escritor francés, que dice cosas triviales sobre asuntos serios, muy familiarizado con el saber; tanto que le trata á zapatazos. No se supo nunca si su risa era llanto, pero si se sabe, que hizo llorar á muchos con sus bromas.

—Si era francés!....

—Justamente, no tenía la honra de ser vuestro compatriota.

—Y bien!

—El fantástico personaje del realista Voltaire, despues de una polémica en que discutimos sobre religion y politica, debió enfadarse conmigo y al final del sueño, me arrojó á los abismos: entonces, y creo que con fundamento, no pude menos de lanzarle esa palabra, que vos en un exceso de suspicacia os habeis apropiado.

—Basta; me dijo el escocés ya convencido; perdonadme ahora mi furia intempestiva.

Yo le ofrecí la mano que él apretó con entusiasmo.

Un momento despues, el fondista salia del gabinete cariacontecido y taciturno.

Dieron las doce de la noche y yo entré en mi dormitorio preocupado con las particularidades de aquel sueño original.

Ya en la cama, y disponiéndome para apagar la vela, se abrió la puerta de mi cuarto cuidadosamente.

—Adelante!...

—Mister Campbeltou asomó su cabeza desprovista de peluca, pero cubierta de un gorro piramidal propio para dormir. Tenia en la mano una palmatoria y en la cara una espresion reflexiva.

—¿Se os ofrece algo, Caballero?....

—Nada, mister, que durmais perfectamente.

—¿Sabeis que ardo en deseos de que mister Boken conozca vuestro sueño extraordinario?

—Si?... Pues contádselo,—dige, y para

mis adentros reflexioné—llegado el caso no dejaré de ir á la Estacion por falta de un mozo de cordell!

—Creedme, Caballero: Mister Boken es capaz de todo. Hay que comunicarle vuestro sueño.... ¡Quién sabe!...

—Si, es indispensable: contesté volviéndome mi cara hácia la pared harto como estaba ya de Boken, de Campbelton y de Escocia.

—Buenas noches!....

—Buenas noches, mister Campbelton, buenas noches.

Por fin se marchó, cerró la puerta; yo apagué la luz y me dormí como un cachorro.

FIN DE LA NOVELA.

CUENTOS DEL ABUELO TOL.

CUENTOS DEL ABUELO JOE

FARAON EL TAMBOR.

I.

El abuelo Tól es uno de los ancianos mas decidores de la comarca.

En siete leguas á la redonda no hay hombre mas instruido ni que conserve mejor humor, despues de setenta años de azarosa vida, durante la cual probó de todo.

Yo habia oido hacer grandes elogios de su ingenio, especialmente en su habilidad de narrador. En efecto, cuando el abuelo Tol empezaba á contar cuentos, las gentes cercábanle con los ojos fijos

y con la boca desmesuradamente abierta.

Hacia yo un pequeño viaje en un día de Enero: no he sentido un invierno mas crudo; me hieló de frío al recordar aquella temporada atroz. La nieve caía en grandes y cuajados copos que se congelaban apenas llegaban á la tierra. La carretera habia desaparecido por consecuencia de la nevada que enrasaba las cunetas del camino con los viñedos de derecha é izquierda. Mi pobre caballo se detenia frecuentemente; respiraba con violencia, ensanchaba su enrojecida nariz y luego continuaba su camino, dirigiendo sus miradas investigadoras aqui y allá, con las orejas empinadas.

Yo, rebujado en mi ancha capa, con el bozo hasta los ojos, olvidaba al noble animal dejando sobre su cuello caer las bridas indolentemente.

Nunca llega la noche con más prisa que cuando menos falta hace; así es que eran las cuatro de la tarde, minuto mas ó menos y ya se acercaban las tinieblas de la noche, contrastando dolorosamente con la blancura imponderable de la nieve.

Mis pantorrillas parecían de cor-

cho; mis manos insensibles las estrechaban de cuando en cuando para hacer que la sangre circulara con alguna libertad, y el aliento de mi nariz se congelaba con el embozo de la capa salpicándole de cristales triturados. Yo no he pasado nunca un dia mas cruel. De cuando en cuando, animaba al noble bruto diciéndole.

—Hála, Brillante, hála!...

El caballo seguia y los copos de nieve caian sin cesar blanqueando mis contornos pintorescamente....

Así caminé cinco minutos mas, despues de cuatro horas, hasta que Brillante relinchó con espresion de rogocijo. Enfilé la mirada hácia el horizonte y vi con satisfaccion una luz mortecina que distaria poco mas de doscientos metros. El caballo aligeró el paso y en breve distinguí una venta.

El placer que yo esperimenté con tal encuentro es indescriptible: solo puede apreciarlo aquel de mis lectores que se haya encontrado en semejante caso.

Al llegar á la venta, el caballo con ese instinto maravilloso peculiar de

su raza, se detuvo: yo me apeé con dificultad, sacudi la nieve, que cubría mis botas y llame á la puerta. Un perro que estaba por dentro empezó á ladrar y á poco rato oí una voz de moza que le decia.

—Chito, Maitines, chito!.... y abrió la puerta.

—Buenas noches.

—Venga con Dios.... ¡Ave Maria purísima! como viene V. de nieve...

—Tal caé, buena moza. Ella colgó el candil de una enorme viga que servia de columna al techo del vasto portalon y de percha á los transeuntes, y cogiendo las bridas del caballo me preguntó.

—¿Qué deseaba?

—Primeramente lumbre porque vengo hecho una merluza, despues cena y un sitio en que dormir tranquilamente.

—Pase el señor á la cocina, que buen fuego hay en el hogar, y descuide á su hermoso caballo que será tratado como merece.

Me quité la capa, sacudi el sombrero y me introduje en la cocina.

—Dios les guarde...

—Sea bien venido el caballero y tome

asiento: dijome un anciano haciendo sitio y alargando una *tajuela*.

Habia en la espaciosa chimenea una montaña de confortable lumbre que súbitamente deleitó mi cuerpo inanimado. A su alrededor cinco ó seis labriegos con las manos estendidas hacia el hogar; una vieja encorvada por los años y un anciano que parecia el jefe de aquella reunion.

—Mueve el rescoldo, muchacho,—dijo el viejo,—que este señor lo apetecerá sin duda.

—Ciertamente, amigo, porque traigo un camino cruel.

—Acérquese sin cumplimientos. ¿Viene de muy largo?

—De la villa.

—Está el tiempo cerrado en nieve y lo habrá pasado mal. Tú, Sabina, prepara la sarten.

La moza que habia conducido mi caballo, entraba á la sazón y se dispuso á cumplir las órdenes del viejo.

Era este un tipo nervioso, alto y flexible como un junco á pesar de su avanzada edad: su rostro conservaba algunos detalles enérgicos de esos que caracteri-

zan al hombre de mundo avezado á las fatigas: eran sus ojos pardos, pequeños y vivarachos, y su conjunto simpático y agradable. Vestía el traje de los labradores castellanos que viven en las aldeas, y estaba sentado en el *poyo* de la derecha, teniendo á la suya un jarro mas que regular.

La sartén empezó á chillar al poco rato; Sabina puso en ella una cucharada de manteca y comenzó á mondar un ajo con propósito de hacer unas sopas. Un mozuelo descolgó un *arnero* y fuese para dar el pienso á mi caballo. Cinco minutos despues volvia con seis huevos frescos que puso cerca del hogar.

—Le gusta la sopa con huevos escalfados?—Preguntóme Sabina.

—Perfectamente, muchacha; eso me abrigará por dentro.

—Hay que acostumbrarse á todo en el camino, interpuso el viejo—Para el caminante todo es bueno, si se le sirve con limpieza y buena voluntad.

—Por lo que veo no falta aqui ni lo uno ni lo otro.

—A Dios gracias esa es mi gloria desde hace treinta años,—esclamó la

vieja con satisfaccion.

—¿Es de V. la venta, abuela...

—Y de V. señor. Pero hace ya mas de diez años que no me ocupo de nada. Sabina es mi hija y este mozo que está aqui mi yerno: ellos corren con todo y de ellos ha de ser cuando nuestro Señor disponga de mi vida, que será no tardando.

Crei que este abuelo era su marido.

El viejo sonrió y exclamó con buen humor.

—No me quiere, señor; fuéralo si me quisiera.

Comprendi que el viejo era de chispa y asaz hablador, á juzgar por las ordenes que dió á mi llegada y lo dispuesto que estaba á entablar conversacion.

La mesa estaba pronta: Sabina la aproximó al hogar cerca de mi, y puedo asegurar que me encantó el ajuar tan modesto como limpio.

Un minuto despues, me sirvieron la sopa, que me dispuse á comer mas gustoso que si un plato de trufas y faisanes me sirvieron.

—¿Ustedes gustan?

—De salud sirva, me respondieron

todos. Empecé á comer recobrando mi energía lentamente, cuando un mozo se dirigió al anciano y le dijo con cariñosa súplica.

—Venga un cuento, abuelo Tól...!

—¡Tól! Es usted el tan nombrado Tól? pregunté al viejo sin podermie contener.

—El mismo que viste y calza, contesto-me con pueril satisfaccion. ¿Ha oido V. hablar de mí?

—Mas de cuatro veces: y tanto me han ponderado su discreta manera de contar historias, que le agradecería mucho si quisiera contar una.

—No hay inconveniente.

—Venga, venga,—esclamaron todos acercándose al abuelo y frotándose las manos con placer.

Me sirvieron un pedazo de queso y un buen jarro de vino puro: satisface precipitadamente el apetito, encendí un cigarro y me dispuse á escuchar al abuelo Tol quien en este momento remojaba con el jarro su garganta. Despues limpiándose esmeradamente la boca con un pañuelo de cuadros azules que tenia sobre la rodilla, empezó de esta manera.

—Pues, señor...

Sabina removi6 el rescoldo. Todos los ojos se fijaron en el abuelo.

La nieve en tanto caia sin cesar por fuera, sacudiendolevemente la ventanilla de la cocina.

Yo no he visto en mi vida un cuadro mas pintoresco.

El abuelo T6l sigui6 de esta manera.

Sabine removió el resaca. Todos los ojos se fijaron en el abuelo. La nieve en tanto caía sin cesar por fuera, sacudiendo levemente la ventanilla de la cocina. No no he visto en mi vida un cuadro más pintoresco. El abuelo TóI siguió de esta manera

II.

—«Cuando yo militaba, vivía en el pueblo de X.... una familia muy pobre pero honrada y amiga de Dios.

Llamábase el viejo Castañote y amaba á su muger mas que al dinero, que es cuanto decirse puede dados los tiempos que corren. Ella era ya también entrada en años: honrada si las hay, lo que no impedía que tratara á los soldados con cierta confianza, como mujer

de desparpajo y buena tabernera. Castañote habia conseguido elaborar un aguardiente exquisito, compuesto de aguarrás y espiritu de vino, y de este modo toda la gente de cuartel honrábamos su casa mas de lo que á nuestros bolsillos convenia, al paso que Castañote acreditando su taberna progresivamente iba mejorando su modestisima fortuna. Vivian muy dichosos, pero el diablo que es el formidable enemigo de la felicidad, tomó cartas en el juego; y ete aqui que Castañote cuando empezaba á ganar cuartos, perdió la tranquilidad, que es la mayor de las riquezas. Barrabás dió comienzo á sus tareas valiéndose al efecto de un hijo de Castañote, mozuelo de diez y seis á diez y siete años poco mas ó menos.

Era un arrapiezo insolente y holgazán que pasaba su tiempo oyendo los tambores de la retreta y tirando cantos á los chicos. El infeliz padre sudaba la gota gorda pensando en el oficio á que podria dedicarle y todas las mañanas se levantaba dando vueltas al asunto y se acostaba dándole vueltas tambien.

Me parece que estoy viendo á Faraon,

que así llamábamos al chico: me parece estarle viendo, con las greñas sobre sus ojos, de mirada torcida; su boca grande como una espuerta, la chaqueta rota por los codos, y las rodillas al aire mal que pese al pantalon y á su pobre madre, que incesantemente le remendaba: me parece que le oigo llorar como un ternero porque su padre no le dejaba salir de noche, cansado ya de tantas quejas como le dirigia toda la vecindad diariamente, por causa de las diabluras del muchacho.

Sucede á muchos padres lo que á tantos individuos que dueños de un capital, no saben en que emplearle; lo piensan todos los dias y así pasan sin resolver, hasta que el capital se aminora, y cuando han encontrado una ventajosa especulacion en que emplearle, cátales ya disipado por completo. Así tambien muchos padres y Castañote uno de tantos, pasan el tiempo pensando que han de hacer con sus chiquillos, y no se resuelven hasta que el árbol ya es nudoso y solo sirve para teas.

Dogo era el tambor mayor de nuestro regimiento; un viejo soldado que

bebía treinta copas de aguardiente mezclado de aguarrás, de una sentada y hacia bailar la cachiporra con una destreza extraordinaria.

Faraon estaba enamorado de Dogo; le envidiaba los dorados galones de su uniforme de gala y se le iban los ojos tras del baston de cachiporra.

Dogo, por su parte, hacia buenas migas con Faraon: le enseñó á jugar á los naipes, á tirar la navaja y á medir los vasos de aguardiente.

Una tarde de verano estábamos sentados en el banco del establecimiento de Castañote, oyendo sus interminables lamentaciones.

—Este muchacho nos vá á quitar la vida: no tiene apego al trabajo, tiene una intencion como un toro de Gaviria y cada dia demuestra una cualidad mas endemoniada.

—Palo en él, Castañote, palo duro— contestaba el sargento de mi compañía.

—Si ya me canso de pegarle: no se que partido he de tomar con él. Este demonio es insensible á los golpes.

—Malo es que un chico se acostumbre

á que le sacudan, —decia yo.—Siempre he creido que no son los castigos corporales el medio más eficaz para encaminar á un muchacho de cabeza dura.

—Faraon ha de ser un hombre de provecho:—esclamó Dogo con los ojos ya escitados por la influencia del aguardiente:—un hombre de provecho, si Castañote le dedica á una carrera que esté en armonia con sus inclinaciones.

—Y cuáles son las inclinaciones de Faraon?..... Preguntaba el pobre padre verdaderamente atribulado.

—Confíame á mi solo su educacion.

—A ti, Dogo?...

—Vaya; ahí tienes el término de todas tus pesadumbres,—continuó Dogo con firme resolucion.—Eutrégame al chico, y á vuelta de un par de años te lo encuentras hecho un caballero.

El pobre padre apesar de su ignorancia crasa no esperaba grandes cosas de la pedagogia de su interlocutor; bien al contrario, instintivamente miraba á Dogo con repugnancia.

—Tu le enseñarás á beber, á ser hombre de pelo en pecho, pero eso no le ofrecerá un porvenir honroso.

—He ahí, como se ven en el mundo muchos hombres perdidos; sus mismos padres les estropean quitándoles la vocación. Ten entendido que tu hijo es un genio y es inútil que te esfuerces en contrariarle. Este muchacho tiene corazón artista.

—Y qué le enseñarás tú?

—Primero á tocar el tambor.

—¿Y despues?...

—Despues, le enseñaré á ser hombre de bien.

No pudimos contener la risa al oír ésta frase dicha por Dogo, nada menos, y con un soberano aplomo.

—No hay que reirse, caballeros; no hay que reirse. Yo sé lo que conviene á un chaval como Faraon y yo sé como se hacen los hombres de bien con esa madera: que Castañote se decida y antes de un año lo veremos. Ea...! viejo lloron, resuélvete y no vengas con tantas geremiadas, con las que pierdes un tiempo precioso.

Hace ó no hace?...

—A tu lado, el muchacho, seria un tambor de primer orden, es verdad, pero...

—Al diablo contigo, mal tabernero ¿Que seria á tu lado el pobre Faraon?... Un zascandil de siete suelas. Pregúntale hacia que lado se inclina, entre un mostrador oscuro como el tuyo, y una caja bien templada, que tanto sirve para que maten á los facciosos como para tocar en el pueblo la dulzaina.

Todos miramos á Faraon que en aquel momento dirigia á Dogo sus ojos con expresion de gratitud y admiracion.

—Ven aqui, muchacho,—continuó el tambor mayor, como apelando al golpe final de sus argumentaciones.

Faraon se acercó con lentitud mirando alternativamente al suelo, á Dogo y á su padre.

—Te gustaria ser tambor? Pregúntole Castañote.

—Si—respondió el rapaz resueltamente

—Ah!... valiente:—esclamó Dogo atusándole la cabeza con cariño,—valientel.

Lo dicho dicho, Castañote; tienes en tu mano el porvenir de tu hijo: acepta si quieres: si no quieres, no te quejes de sus diabluras jamás en mi presencia.

Faraon tenia los ojos fijos en el suelo.

Castañote dirigió algunas palabras

á su muger y despues á Dogo diciéndole.

—¿Hablas de veras?

Dogo apuró un vaso de aguardiente, absorvió las gotas que quedaron en su bigote y contestó:

—Yo hablo de veras siempre.

—Pues bien; mañana te contestaré.

—Mañana será tarde, envenenador:— rugió el maestro con voz ronca.

—Las cosas hay que consultarlas con la almohada,—interpuso el sargento:— déjale que lo piense.

—Nada de pensar, sargento. Hace dos años que Castañote piensa y hace dos años que Castañote es desgraciado. Las grandes empresas resultan siempre de la impresion.

Dogo se levantó.

—Voy á preparar para tocar retreta. Si te conviene mi proposion responde, y me llevo al chico.

—Ahora mismo!...

—Esta noche duerme en el cuartel.

Castañote resuelto á deshacerse de aquel galopin, que apesar de ser su hijo le tenia aburrido por completo, hizo un esfuerzo, consultó en voz baja con su muger y respondió con decision.

—Llévatelo, Dogo, y procura hacer de él un hombre trabajador.

—¿Qué debo?...

—Nada. Ya que te encargas de mi hijo yo convido esta noche.

—Vaya pues la última ronda,—replicó el tambor. Los vasos se llenaron: Dogo levantó el suyo perezosamente diciendo:

—A la salud de Faraon!... y apuró de un trago: despues dirigiéndose á su educando:—en marcha!—gritó

Dogo y Faraon desaparecieron. Nosotros quedamos indignados al ver la indiferencia del muchacho. La vieja empezó á llorar. Castañote despues de un minuto de estupor, exclamó, con acento de resolucion:

—Salga lo que Dios quiera!

que su alma está completamente calada por el calor de la perversidad. Desde entonces, considerábase á Farson como se considera á una serpiente y me causaba más repugnancia que en la prosa.

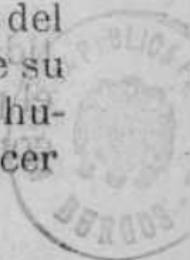
Quince días después, nuestro perro lamaba las arañas y restregaba con la pata á las cunas en la fienra y en los lavaderos, y juraba como un desesperado.

El alma castada del viejo tambor gozaba en reflejarse en el espíritu de

III.

Farson.
Castañole y su mujer comprendieron á que desdichado fin les conducía.

Véase cuanto prometía el excelente Faraon. He ahí un sér racional, mil veces más despreciable que las fieras del desierto. En lo más lozano de su vida, cuando el corazón brota sus más tiernas esencias, este miserable abandonaba á aquellos que le dieron el ser, sin tener una mirada de despedida para su pobre madre. Cuando un hijo, al separarse del hogar paterno en el primer albor de su existencia, no tiene una lágrima que humedezca sus ojos, preciso es reconocer



que su alma está completamente calcinada por el calor de la perversidad. Desde entonces, consideré yo á Faraon como se considera á una serpiente y me causaba mas repugnancia que un leproso.

Quince dias despues, nuestro héroe fumaba tagarninas, y resfrescaba con peleon; retozaba á las chicas en la fuente y en los lavaderos, y juraba como un desesperado.

El alma gastada del viejo tambor gozaba en reflejarse en el espiritu de Faraon.

Castañote y su mujer comprendieron á que desdichado fin les conducia su funesta ligereza, pero ya era tarde. Dogo se habia apresurado á que el muchacho sentára plaza de tambor, sorprendiendo á los padres para arrancarles su consentimiento. Hecho esto, Faraon ya no era hijo de sus padres: pertenecia por entero á la banda de tambores, y Dogo era su jefe natural.

Llegó por fin el dia de nuestra partida. El regimiento tenia que abandonar el pueblo á marchas forzadas para incorporarse á la division en la ciudad.

Aun no habia sonado el canto del gallo, precursor del alba, y ya los cornetas tocaban llamada. Vieran ustedes reunirse poco á poco los jóvenes soldados, formar en la plazoleta próxima al cuartel y empezar á despertar el pueblo entero que se agrupaba á nuestro lado mirándonos con lástima.

Viéran ustedes venir precipitadamente al viejo Castañote con el pañuelo de dormir atado á la cabeza, el semblante descompuesto por el dolor y con un pequeño lio bajo el brazo... Detras venia deshecha en lágrimas su pobre costilla por la cual habian pasado en pocos dias, no pocos años; parece que la veo con su plateada melena mal torcida, con su manton de cuadros, en el cual la infeliz se rebujaba muerta de frio, corriendo cuanto podia para ver á su hijo. Yo estaba alineando mi compañía y á mi se dirigió la pobre vieja preguntando:

—Y Faraon..... Va tambien con vosotros?

—Así lo creo, buena muger; mirale alli: con su tambor á la espalda, hablando con aquella muchachuela. La anciana fuése á él cuando ya Castañote

le abrazaba. Faraon debió sentir las caricias de su padre; pues bien manifestaba con su jesto el disgusto que experimentó al verse interrumpido en sus pláticas amorosas; porque han de saber ustedes que el tamborcillo tenía ya su correspondiente novia.

Cuando llegó su madre á él, empezó á hacerle preguntas mezcladas con sollozos, á las cuales contestaba sin alterarse en lo mas minimo. Castañote le entregó el lio que llevaba, y la vieja, sacando de su pecho un antiguo escapulario, se le entregó á Faraon quien lo guardó instintivamente en el bolsillo.

Cinco minutos despues, todos estábamos listos; los gefes á caballo, los oficiales en sus puestos y Faraon á la cabeza ocupando su lugar.

Dogo levantó su baston descumunal y describió en el aire un semicirculo. Un redoble general contestó á esta pantomima.

La vieja continuaba abrazada á su hijo sin dar señales de desasirse de él pero á una voz del comandante, el regimiento se conmovió como una serpiente. Todos dimos media vuelta á la derecha

Dogo separó brutalmente á Castañote y su mujer, agitó su garrote; los tambores resonaron acompasadamente y empezamos á marchar.

Al pasar yo al lado de Castañote, vi que tenía á la doiorida madre recostada sobre su hombro: él lloraba siguiendo con la vista á la banda de tambores, que en aquel momento doblaba ya la esquina.

—Adios, Castañote, díjele al paso.

—¡Ay Tól!.... Cuida de mi hijo,—contestó el anciano con voz temblorosa. Despues pronunció algunas palabras que yo no pude oír porque me lo impidió el acompasado rumor de las pisadas.

Al poco rato abandonamos el pueblo: una vez en el camino general, el gefe dió orden de que marcháramos á discrecion.

Los tambores y cornetas cesaron y solo se escuchaba el ruido de nuestros pasos y el salpicar del barro que cubria todo el camino.

Dirigí la mirada hácia los tambores y vi á Faraon que caminaba fumando un cigarrillo, con su caja á la espalda y examinando el lio que Castañote le entregó.

Tal vez en aquel momento su pobre madre moría de dolor con los ojos fijos en la calle por donde vió desaparecer á aquel hijo sin entrañas

Pobre familia!.....

—¿Y tú?... Cuida de mi hijo—con-
 taró el anciano con voz temblorosa.
 Después pronunció algunas palabras
 que yo no pude oír porque me lo impidió el demasiado dolor de las piernas.

Al poco rato abandonamos el pueblo una vez el camino general, el que debió ser de que marcháramos á la ciudad.

Los tembores y cornetas cesaron y sólo se escuchaba el ruido de nuestros pies y el arrastrar del barro que cubría todo el camino.

—¿Qué pasa? — preguntó él, mirando a los
hombres que se acercaban.
—¡Faraón está aquí! — gritó uno de ellos.
—¿Dónde? — preguntó él.
—¡Ahí, al lado de la alameda por donde se
va a pasar la alameda por delante de
los de pronto ella se detiene y exclama:
—¡Este es el Faraón!
Todos se miraron, era Faraón, el
quien nos llevó del regimiento y el
cuyo título es El coronel, indigno
mundo que el cabo levanta la noche.

IV.

Después de un escrupuloso examen,
nada se encontró. Faraón entonces se
Llegamos a la Ciudad; pero antes
ocurrió en el camino un incidente que
quiero relatar á ustedes, porque da una
idea del carácter de Faraón y de los pro-
gresos que hacia con el profesor Dogo
en la carrera de hombre de bien.

Habíamos pernoctado en un villorrio;
bien de madrugada las cornetas nos lla-
maron y pronto á marchar, el jefe del
regimiento vióse acosado por una pobre
muger que con descompasados gritos
demandaba justicia.

Se quejaba de un alhojado que la habia cogido cuatro gallinas durante la noche.

—Le conoce usted?—La preguntó el coronel.

—Ah, si señor!.. en cuanto le vea. El jefe hizo pasar á la aldeana por delante de todos: de pronto ella se detiene y esclama:

—Este, señor, este es!

Todos le miramos: era Faraon: el quinto mas jóven del regimiento y el único tildado ya. El coronel, indignado mandó que el cabo registrara la mochila y la ropa del tambor.

Despues de un escrupuloso exámen, nada se encontró. Faraon, entonces se desató en impropiedades contra la mujer que le habia falsamente delatado. El jefe satisfecho del resultado de la investigacion, despidió á la aldeana con mal humor y nos pusimos en marcha.

Ya en el camino, el cabo de gastadores notó que el tambor de Faraon se hallaba destemplado: con su olfato fino de veterano sospechó del recluta, y avisó al coronel. Este ordenó que hiciera un redoble el nuevo tamborcillo. En efecto su caja sonaba como un tablero.

—Temple usted ese tambor—gritó el coronel.—En vano, el tambor resonaba de una manera particular.

—A ver; quitar ese parche:—continuó el jefe desconfiando. Un soldado aflojó los tornillos y quitó el parche superior de la caja. Al descubrirle viéronse dentro del tambor las cuatro gallinas que la paisana reclamaba; visto lo cual, el coronel dispuso que al llegar á la ciudad se dieran las gallinas al primer mendigo y á Faraon cincuenta palos.

Así se hizo, sin que por este elocuente correctivo el muchacho se enmendára en una uña.

Una vez en la Ciudad nuestro tambor empezó á lucir sus cualidades por todo lo alto. No habia un guaja mas redomado en toda la guarnicion. Continuamente veíasele arrestado y gracias á la guerra, que entonces exigía gente á granel y sin andar con escrúpulos; pues de otro modo, mal paradero hubiera sido el de el galopin discipulo de Dogo.

Nos habian reunido á la division que en breve tenia que salir á campaña y en efecto, á los tres dias de llegar nosotros, todo estaba listo.

Decíase en el cuartel que emprenderíamos la marcha aquella noche, pero nada sabíamos de cierto. Dogo, acompañado de Faraon y otros buenos mozos de su ralea, esperaban tranquilos de cantina en cantina bebiendo como condenados. Los viejos soldados nos ocupábamos en escribir á nuestras familias para que no estuvieran intranquilas y en preparar nuestros morrales para cualquier eventualidad. En esta operación me hallaba yó á eso de las nueve de la noche, con el oído atento á la corneta, cuando entró en la cuadra Faraon, borracho como una uva.

—Muchacho!... tú tienes *morrion*: le dije.

—Un poco, cabo Tól, un poco *ajumelado* me encuentro; pero el maestro Dogo me aconseja que beba, porque dice que pronto andaremos á castañazos.

—Eh!... no es propio de soldados españoles forrar el corazón con aguardiente. No hagas caso de Dogo que es un estrafalario. Cuando se entra en acción, el hombre de valor debe estar embriagado tan solo por el deber. —Y bien!... has escrito á tu padre?..

—Cál escribir, escribir... Doce cuartos cuesta cada carta en casa de ese memorialista de los diablos, y no vale la pena gastarse los cuartos en esas tonterías. Lo que ha de suceder, sucederá, con cartas ó sin ellas.

—Arrapiezo!...

—Eso dice Dogo.

—¿Y Dogo consigue alejar de tu corazón el recuerdo de tus padres; de tus pobres padres que lloraban como criaturas cuando salimos del pueblo....

—Áh!.... Cabo Tól! Bien se vé que no ha presenciado usted el trato perro que me daban porque no queria ir á la escuela ni aprender oficio!... Bien se vé que....

—Calla tunante—le interrumpi, dándole un puntapié— Lárgate de mi vista sino quieres que dé parte de tu borrachera y te hagan dormir en el calabozo.

—Tanto me dá—contestóme el deslenguado saliendo de la cuadra haciendo curvas.

Háganse ustedes cargo de cuanto prometia el protegido del tambor mayor.

Veán ustedes con que facilidad se alejaban de su alma las prendas de

sentimiento (y de hombría) de bien — y cómo progresaban las malas condiciones.

Yo no podía olvidar al pobre Castañote y la frase de despedida que me dirigió con toda su alma. «Tólcuidade mi hijo...» Estas palabras me obligaban á mirar con interés á aquel granujilla por mas que no lo mereciera.

Serian las tres de la mañana y dormíamos á pierna suelta como gentes que no tienen nada en que pensar despues de arreglada la mochila, cuando el sargento de mi compañía me tocó en el hombro. En aquella época dormíamos vestidos la mayor parte del tiempo, pues nos traian de arriba abajo como zaramillos. Así es que no bien abrí los ojos y vi los bigotes de mi camarada, salté de las tablas que me servian de cama, y recogí la manta que me envolvía.

—Chist!... díjome el sargento poniendo un dedo en sus labios.

—Qué pasa? Le pregunté bajando la voz.

—Vamos á marchar.

—A dónde?

—Lo ignoro, creo que sobre Guernica

donde parece que nuestros camaradas están repartiendo leña á la faccion. Al oír esto, apreté las correas de mis polainas, me abroché el capote, descolgué el cinturón y contesté:

—Y bien!—yo ya estoy listo, pero á qué ese misterio, mi sargento?

—No se tocarán cornetas; no se hará el mas leve ruido. Es preciso que marchemos sin que lo sienta la tierra.

—Entiendo; esta maldita Ciudad está plagada de espías.

—La artilleria ha marchado anoche en direccion opuesta, pero supongo que este es un ardid del brigadier que quiere desorientar al paisanaje..

—Entiendo, mi sargento, entiendo.

Cinco minutos despues, teniamos órden de despertar á todo el mundo y prepararnos sobre la marcha sin hacer ruido.

A las cuatro de la mañana saliamos del cuartel.

Llovía si Dios tenia qué!..... sin embargo, poco á poco fuimos evacuando la Ciudad, y segun la prevision del sargento, camino de Guernica nos encontramos á las dos horas

con la artillería que la noche anterior había hecho una salida falsa.

Un pié tras otro fuimos caminando silenciosamente.

Ya no llovía; diluviaba à cántaros....!

Además, el teatro de la guerra estaba
 á pocas leguas de distancia y la mayor
 parte de las almas perdidas estaban
 abandonadas.
 Hicimos alto allí formamos pa-
 llones y comimos como siempre, fruga-
 mente, porque nuestras mochilas nos
 eran polvorinas que desmenu-
 ran.
 Yo llamo á Parson, más allá que he-
 vido parecer bien poco coar, y le di unas
 tijas de chorizo para que moverná su
 gallina.

El tamborillo. **v.** devoto y otro.
 me un tarro de aguardiente que llevaba
 siempre por consueño del tambor mayor.
 —Ecoponiza esto, machacho —le dije.

Después de cinco ó seis horas de
 marcha, llegamos á un caserío; nuestra
 avanzada esperaba allí, y un cabo y dos
 números vinieron hácia nosotros para
 comunicar al general que el caserío es-
 taba desierto.

Efectivamente, no habia un alma ya
 por aquel país. Las gentes huian de
 nosotros, porque fanáticos partidarios
 del pretendiente, pensaban que nuestras
 tropas se componian de demonios mal-
 hechores.

Además, el teatro de la guerra estaba á pocas leguas de distancia y la mayor parte de las aldeas próximas, estaban abandonadas.

Hicimos alto allí: formamos pabellones y cominos como siempre, frugalmente, porque nuestras mochilas mas eran polvorines que despensas.

Yo llame á Faraon, miré lo que llevaba que era bien poca cosa, y le dí unas rajadas de chorizo para que amenizára su galleta.

El tamborcillo las devoró y ofrecióme un tarro de aguardiente que llevaba siempre por consejo del tambor mayor.

—Economiza esto, muchacho,—le dije bebiendo un sorbo.—Esto en campaña es tan bueno cuando se usa mesuradamente, como dañoso cuando se bebe demasiado.

—Cuándo se acaba se llena nuevamente, cabo Tól: no haga usted caso.

—Quién no ha de hacer caso, eres tú de los consejos de Dogo. Nunca es mas necesaria la prudencia y nunca deben tenerse los sentidos mas expeditos que en tiempo de guerra.

La corneta nos llamó. El festín habia

terminado: cesaron los cantares y retozos de los soldados jóvenes y cada uno cogió sus herramientas.

Poco antes de anochecer llegábamos á un paraje quebrado y maldito, salpicado de caserios abandonados.

Era el punto de partida. A lo lejos, sobre las siluetas de la larga cordillera de montañas que circundaban el valle, percibíanse hogueras de trecho en trecho. Eran nuestros compañeros que vivaqueaban tranquilamente.

El absoluto silencio de aquellos puntos, presajaba una cercana serie de catástrofes.

¡Quién había de pensar, al verlos, que al día siguiente atronarían por todas partes estruendos de metralla y la muerte afanosa, correría sin cesar de un punto á otro sin darse un instante de reposo!...

Pronto fuimos reconocidos por gente amiga y se dió el parte de nuestra llegada.

Tomáronse precauciones convenientemente y se nos dió la orden de pernoc-tar allí alhojándonos con comodidad.

Cinco minutos despues encendíamos nuestras hogueras é improvisábamos

el rancho. Gusto me dá recordar aquellos tiempos. En los establos, en las callejuelas, bajo los cobertizos, en todas partes hiciéronse lechos encantadores, con la mochila por almohada y el suelo por colchon. No cesaban las voces de camaradas que se llamaban unos á otros, que se pedían tabaco, y noticias de sus novias, y no faltó una guitarra que á poco tiempo cayera en hábiles manos; ni algun maldito andaluz, que cantára playeras, sin dejarnos dormir.

Ya se sabe; entre nosotros, podría faltar el pan, el vino, un brazo, una pierna, cualquier cosa, pero lo que es el buen humor, eso no falta jamás al soldado español.

Dormimos divinamente apesar de aquella incesante cháchara, y antes de lucir el sol, ya se tocaba diana.

Es indescriptible la animacion que reinaba en nuestro campamento.

Aquello era una romeria celebrada por gente loca.

Grandes calderas de sabroso rancho estaban calentándose aqui y allá y los sargentos repartían racion de vino por plaza.

Media hora despues, todos los estómagos estaban calientes, alegres las cabezas, la sangre activa y las mochilas bien repletas de cartuchos. Una vez asi, ya nos molestaba estar esperando la refriega.

El brigadier nos pronunció una breve pero apasionada arenga.

La sangre empezó á bullir en nuestras venas.

Las voces de mando no tardaron en hacerse oir por todas partes y enseguida, empezamos á marchar con el propósito de ocupar una ladera, en el ala izquierda de la linea.

Mi batallon marchaba á la vanguardia.

Dogo agitaba su baston con inaudito orgullo, á la cabeza, y á su compás, la banda redoblaba marcialmente.

Yo tenia los ojos fijos en Faraon. Este demonio movia sus palillos sobre el parche con la misma sangre fria que si estuviera en la plaza de su pueblo. Sin embargo, ibamos en busca de la muerte, llevando la muerte á nuestra espalda.

—Alto...! gritaron los oficiales á sus respectivas compañías.

La artillería venía á nuestra espalda, y cerrando la retaguardia un escuadrón de lanceros.

Todos nos detuvimos como un solo hombre.

El brigadier dirigia su catalejo á una

Cosa de una hora habríamos andado, cuando el agudo clarín ordenanza del gefe resonó penetrante.

VI.

El brigadier dirigia su catalejo á una

Cosa de una hora habríamos andado, cuando el agudo clarín ordenanza del gefe resonó penetrante.

El brigadier dirigia su catalejo á una

Cosa de una hora habríamos andado, cuando el agudo clarín ordenanza del gefe resonó penetrante.

El brigadier dirigia su catalejo á una

y otra parte sin cesar: los ayudantes de Estado Mayor iban y venian con celeridad pasmosa. Uno de ellos se acercó al jefe de mi batallon y le trasmitió una órden.

—Yo dirigi la vista á la cadena de montañas que circunvalaban el terreno, y las vi erizadas de tropas.

Indudablemente la cosa no tardaria en empezar.

Un minuto despues, distinguiéronse algunas columnas de humo, y enseguida el estampido del cañon dijo la primer palabra. El jefe de mi batallon envió una órden á mi compañía.

Por la derecha empezaban á oirse las descargas cerradas.

Un alferéz vino cerca de mi puesto.

—A ver sargento, destáquese usted con media compañía y desplegándola en guerrilla explore aquel cerro—dijo el oficial señalando una cuesta que distaria de nuestra ala izquierda unas doscientas varas. El sargento obedeció sobre la marcha.

Nos desplegamos convenientemente y empezamos á avanzar con el fusil preparado, ojo avizor y oido atento.

El barro nos dificultaba el paso de una manera extraordinaria: sin embargo, al poco tiempo, subíamos la cuesta, porque francamente, señores, y dispensen ustedes á este pobre viejo este alarde nacido de la esperiencia; el soldado español, mas se anima, cuanto más grandes sean las dificultades que tenga que atravesar. Esta es la verdad, nada nos abrasaba la sangre tanto, como los obstáculos: cada uno que se oponia á nuestro intento, era un incentivo más á nuestro córaje. Y esto que á nosotros nos pasaba, hay que confesarlo, pasaba tambien á los facciosos: al fin y al cabo por sus venas circulaba la misma sangre abrasadora, que en fuerza de serlo tanto, nos ha dado siempre glorias gigantescas al par que desdichas infinitas.

Llegamos á la cresta de la montaña. ¿Han visto ustedes al cazador que marcha tras de una pieza con la escopeta montada, á paso largo y silencioso?... Pues no de otro modo caminábamos nosotros.

De pronto sonó un tiro. Enseguida otro y otro: y por último empezaron á granearse y nuestros nervios á escitar-

se con ese porfiado é insultador tiroteo de la guerrilla.

—¡Alto!—gritó el sargento, comprendiendo que nos calentábamos demasiado.—Fuego á pié quieto!... Entonces fué lo bonito!...

Tras de unas matas que habia en la falda de la montaña, empezaron á salir boinas y tiros que era una bendicion.

Nosotros quietos, y disparando pareados. Cada dos hombres nuestros, parecia un baluarte. Los facciosos querian ganar la meseta. Nosotros clavados en ella enviándoles castañas y convidándoles á subir. Ellos eran astutos como el zorro y con el vientre pegado á la tierra, disparaban subiendo y bajando, pero sin desfallecer ni un segundo. ¡Que gente caballeros, que gente!... Unidos á nosotros, hubiéramos podido conquistar al moro y hacer de sus emperadores simples traficantes de dátiles y babuchas!... Pero ya se vé, las ventajas van siempre del brazo con los inconvenientes, y el diablo hacia que nos rompiéramos el alma hermanos contra hermanos.

Entre tanto á nuestra derecha, allá

á lo lejos, se habia cerrado el combate general y la artilleria vomitaba sin cesar metrallazo limpio.

Las narices se dilataban como troneras al olor de la pólvora y este perfume fascinador, embriagaba deliciosamente. La vista se despeja en medio de la nube de humo que nos rodea.... La sangre circula como mercurio vivo por las venas y se anima el mas pusilánime, en el momento en que oye el clamoreo general.

Quien crea que la lucha es espantosa, se equivoca de medio á medio: lo que es espantoso es el instante que precede á una batalla, pero el momento de la lucha, es un momento de entusiasmo que no tiene parecido.

No se siente frio aunque esté helando, ni se tiene hambre aunque un momento antes se hayan ustedes comido la suela del zapato; bién es verdad que los soldados de esta tierra somos en campaña como los camellos en el desierto; comemos y bebemos para quince dias.

Nuestra escaramuza continuaba como un juego de chicuelos: los facciosos,

que habian de subir; nosotros que no recibiamos visitas, y van y vienen bolitas de plomo calcinadas....!

Pero donde se batia el cobre, era en el ála derecha: allí habia para todos los gustos: metralla, bala rasa, fusileria y cuchilladas.

En la cuenca estaba el pueblo que agitaba las campanas con celeridad pasmosa. Algunas casas ardian pintorescamente; y sobre todo este jaleo indescripible, un ruido acompasado y gigantesco que atronaba en mas de dos leguas á la redonda!...

Esto duró largo rato. Nuestra brigada avanzaba tras de nosotros. Yo estaba deseando ver cómo nuestras piezas se situaban en la meseta que ocupábamos, para barrer la ladera defendida por la faccion.

De pronto, nuestras cornetas tocan á retirada!

Nosotros no pudimos contener un grito de rábia; pero el sargento, fiel á su deber grita sereno:

—Escalonarse y fuego en retirada.

Asi lo hicimos. Yo estaba como quien vé visiones. Miro á la derecha y veo con

sorpresa que nuestras fuerzas se replegaban.

—Los facciosos por el contrario tocan á degüello y el eco de sus cornetas les empuja tras de nosotros.

Nada hay mas horrible que una retirada: la sangre se enfria poco á poco, y la tristeza se apodera de nosotros al ver tendidos á los camaradas que han tenido la suerte de caer empujados por la muerte, aunque abrazados por la gloria. Hasta este momento, nadie ha sospechado la falta de su compañero. Desde este momento, la pena se apodera de nosotros y por muy honrosa que sea la retirada, se apodera tambien de nosotros la vergüenza!...

El soldado español, si avanza con rapidéz, en cambio se retira con la mayor calma; asi es que nosotros íbamos recogiendo nuestros muertos y heridos sin precipitacion y sin perder un tiro.

Sin embargo, entonces sufrimos una derrota que aunque pasajera, no por eso dejó de causarnos pérdidas considerables.

Nuestro ejército retrocedia á marchas forzadas, y nuestra pequeña

guerrilla estrechaba y disminuía cada momento más, concluyó por descomponerse un tanto y precipitar la retirada, pese á la voz del bravo sargento que, con un brazo chorreando sangre, seguía ordenando inalterable.

Nuestro jefe que vió la apurada situación en que nos encontrábamos, manda que la compañía que marchaba á retaguardia nos refuerce, y veinte caballos protejan nuestra retirada.

Los facciosos brotaban de la tierra victoriosos; y alentados por la desproporción numérica, se lanzan contra nosotros como condenados.

—No correr ¡no correr!—grita el oficial que venía en nuestro auxilio: al verle hicimos alto, recibiendo á balazos al enemigo.

Ya habían ganado la meseta, evacuada por nosotros, y cegados por el triunfo, descienden en nuestra persecución...

Entonces lánzase sobre ellos la compañía de refuerzo dejándonos á retaguardia: rápidamente se abre en dos mitades que ocupaban el flanco izquierdo y derecha del enemigo, y merced á una

maniobra tan hábil como vivamente ejecutada, les acorralan bravamente. Los tambores resuenan con aturdimiento, y la pequeña fuerza de caballería carga lanza en ristre con la celeridad del rayo....!»

¡Ya lo ven ustedes; lloro; lloro como un colegial, recordando este episodio heroico....

En efecto, el abuelo Tól, lloraba de entusiasmo; y limpiándose los ojos con el revés de su nervuda mano, continuó:

—«El enemigo entonces se descompone, pierde la moral, y muerde el polvo acuchillado por nuestros bizarros jinetes.

—¡Viva la reina! Gritamos entusiasmados, en tanto que los tambores tocaban retirada, una vez terminada nuestra misión.

de mis ojos; hasta entonces no pude saber
 cómo y desde cuándo me había de-
 sidado, que me hacia ver el cielo
 abierto. La verdad es que de repente
 me pareció que me hallaba en el fondo
 de la noche, en las engrasadas de la
 habitación. Alguna fuertemente el pan
 lo, y con gran trabajo me levanté.
 Las camarillas se hallaban a una
 distancia regular.
 Yo no podía seguir su paso, pero
 apoyado en el suelo caminé, esforzán-
 dolo, me guito me era posible.
 Habría dado unos cincuenta pasos.

VII

cuando á la salida del camino, 71 un
 soldado tendido como una rana.
 — ¡El hé—carabala!
 — ¿No me ves? ¡Díablos! ¡Está!

La noche se venia encima, y con ella
 un fresco impropio de la estacion. En-
 tonces senti un dolor agudo en esta
 pierna que aumentaba por instantes. Al
 tocarme con la mano, noté que estaba
 inchada como un botijo y el pantalon
 húmedo por unas partes, y como acar-
 tonado por otras.

Me senté en el suelo, puse mi fusil
 á un lado y observé con atencion.

Tenia una bala carlista clavada en

el muslo: hasta entonces no pude apercibirme, y desde entonces me dolía de tal modo, que me hacía ver el cielo abierto. La herida no era de importancia pero á medida que aumentaba el frío de la noche, se iba engarrotando la articulacion. Atéme fuertemente el pañuelo, y con gran trabajo me levanté.

Mis camaradas ya se hallaban á una distancia regular.

Yo no podía seguir su paso, pero apoyado en el fusil caminé esforzándome cuanto me era posible.

Habria dado unos cincuenta pasos, cuando á la izquierda del camino, vi un soldado tendido como una rana.

—Hé!, hé—camarada!....

—No me contestó. Diab!o! ¿Si estará muerto?...—pensé.

Con gran trabajo me encogí para escuchar su respiracion. Resoplaba como un condenado.

—Arriba, muchacho!... arriba!—grité sacudiéndole un brazo.—El soldado se incorporó con dificultad.

—Calla!.. Si es Faraon!... ¿Qué haces, criatura, te han herido?

—Dogo.. ¡maestro Dogo!.. balbuceaba el tamborcillo.

—Habla pronto. .. ¿estás herido?.... responde.

—Tengo frio, Dogo, tengo mucho frio.

—Al diablo con el chiquillo!.. Yó no soy Dogo: soy el cabo Tól.

Arriba con cien mil de acaballo!....

—El cabo Tól!... pues qué, no te han muerto?....

—Y me tutea!.. Este chisgarabis ha perdido la razon.

Faraon se incorporó torpemente.

La maldita pierna me dolia cada vez mas; sin embargo, cogí al pobre chico y empecé á tocarle por ver si estaba herido. Felizmente no tenia un rasguño, pero sus piernas se doblaban.

—En marcha, mal recluta! en marcha, ó te pego de culatazos.

—Mátame! mátame si quieres, viejo regañon, pero yo no me meneo de aqui.

—Qué estás diciendo, canalla?...—Faraon se recostó de nuevo.

—Lo dicho dicho: mátame si quieres.

De buena gana lo hubiera hecho sino fuera un chiquillo el que me hablaba de este modo.

—Bueno, puesto que no quieres venir, ahí te quedas; que te coman los

buitres esta noche, ó te cojan los carlistas.

—Buenas noches, cabo Tó!. Contestó aquel tunante volviendo á tumbarse boca abajo. Me dispuse á marchar y dar parte en el cuartel, porque la noche estaba cerrada como boca de lobo y mi pierna inmóvil por el dolor; pero de pronto, me acordé del pobre Castañote que me habia recomendado que cuidára de aquel belitre. Sufriendo la pena negra, le cogi en mis brazos y me le eché al hombro. Al acercar su cara con la mia, noté que olia á aguardiente que apestaba: entonces lo comprendí todo.

Estaba borracho como una uva.

—¡Ah, tunante!... Esclamé arreglándole cuanto pude en mis espaldas.—Esta noche te prometó cincuenta palos, aunque seas hijo de tu padre....

Empecé á andar con un trabajo inaudito. Gracias al fusil que me servia de muleta; pues de otro modo no hubiera podido llegar al caserío.

Caminaba yo á paso de tortuga, sin hacer caso de Faraon que no cesaba de decirme que le dejára dormir, cuando de pronto este condenado me dió un

mordisco en la oreja que á poco me la corta como un rábano.

—Mil bombas!... le grité con rábia.— Asi paga el diablo á quien le sirve!.... Quédate ahi, bribon de siete suelas, que ya vendrá á buscarte el cabo de vara. Asi dijè, y le planté en el suelo. Luego me tenté la oreja que abrasaba como un ascua, y apoyado en el fusil me dirigí á la aldea, sufriendo las penas del purgatorio.

VIII.

Cosa de las nueve de la noche serian cuando me acerqué al vivac mas próximo de nuestras tropas. Perfectamente distinguí á mis camaradas sentados en el suelo al rededor de la hoguera: unos fumaban tranquilamente, otros jugaban á los naipes y otros se vendaban ya un brazo, ya una pierna, donde habian recibido heridas de poca consideracion. Me detuve un instante para tomar aliento y oí á vários muchachos de mi compañía, que hablaban de los pobres camaradas que habian quedado tendidos en el campo.

Habia llegado para estos la hora desdichada de las lisonjas.

Gutierrez era un leon!.....

—Pobre Gutierrez.... ¿Pues y Colilla; tu has visto un soldado mas valiente que Colilla?... Casi me dieron ganas de llorar cuando le vi con el cráneo hecho pedazos.

—Hasta ahora van cuarenta y nueve de nuestro batallon.

—Y de los mas bravos, porque el veterano Tól, era hombre de pelo en pecho.

—Hé! ¡hé!... ¿quién habla ahi de Tól? Grité sin poderme contener. Estos endemoniados se empeñan en que he muerto y asi diciendo me acerqué haciendo de las tripas corazon. A los cuatro pasos no pude resistir el peso enorme de la pierna y cai en el suelo.

—Quién vive? Preguntó rápidamente el centinela al oír el ruido de mi caída.

—Vive el cabo Tól, contesté con todas mis fuerzas. Estas palabras llegaron hasta los soldados que vivaqueaban, pues una porcion de ellos se levantaron precipitadamente.

—El Cabo Tól!... El Cabo Tól!... esclamaron dirigiéndose hácia mi.

—Sí, el veterano Tól que no ha muerto aunque lo penseis vosotros y lo pretenden las balas de los facciosos. Pero venid aquí, camaradas porque no me puedo levantar.

En el momento cayeron sobre mí cuatro lebreles de mi compañía abrazándome trasportados de júbilo.

—¡Cuidado, demonios, no me toqueis á esta pierna maldita!....

—¿Qué tiene?

—Que tiene!... Una arroba de carne mas que de ordinario: por lo visto el plomo carlista más sirve para engordarme que para otra cosa.

—Estás herido?....

—Cá; no es nada! poco mas que un alfilerazo, pero el fresco de la noche y el ejercicio de la marcha, me ha puesto más torpe que un presbitero de doce arrobas.—A ver tú, Guindilla y tú Rapa-barbas: cojedme de los brazos y arriba conmigo.

Eran el furriel y el tambor de mi compañía: con el más esquisito cuidado me levantaron y apoyado en sus hombros llegué hasta el vivac.

—Viva el cabo Toll! Gritaron todos al verme.

—Gracias, muchachos. ¿Teneis por ahi algo que beber?

En el acto me alargaron una bota de vino que me supo á gloria.

—Vamos, cabo Tol, vamos al caserio, que te vea un fisico.

—Déjame á mi de fisicos; y no quiero que me maten todavia.

Yo he tenido adversion siempre á los estuches de lo médicos: para mi son mil veces mas temibles que los fusiles del enemigo: con estos jugaba usted la vida tanto por tanto: aquellos le cortan á uno cualquiera cosa con la mayor impunidad. Yo estaba muy en buenas relaciones con mi pierna para ponerla á disposicion de uno de esos carniceros.

Sin embargo; que quise que no quise, me llevaron al hospital de sangre; me tendieron sobre un tablado y con gran facilidad me extrajeron el proyectil, abriéndome un boquete formidable.

Al dia siguiente yo conseguí en fuerza de súplicas que me sacaran del Hospital y me trasladaran á una casa particular que daba al campo. No he podido habituarme nunca á vivir en un hospital.

Los quejidos de los enfermos me hacían estremecer de dolor y las herramientas de los físicos me impresionaban mil veces más que los cañones y las bayonetas.

Ya no me acordaba de Faraon; pero vino á verme Dogo, que apesar de ser un borrachin era buen amigo, y le di parte de su educando.

El tambor mayor empezó á echar sapos y culebras por la boca y se marchó para disponer que fueran á buscar á Faraon.

—Pronto!... Pronto!...! gritaba Dogo corriendo á la calle.—Dos hombres á buscar á Faraon, á mi hijo adoptivo, al tambor más valiente del ejército. Está en una cuneta del camino: tal vez herido y muriéndose como un perro faldero!...

Ya se disponían á marchar dos números en busca del tamborcillo cuando de pronto observé que se agitaban los soldados en las calles.

Yo estaba impaciente porque el ruido aumentaba y los vendajes de mi pierna me obligaban á estar en la cama como una recién parida. Era cosa de desesperarse.

Escucho con atencion y oigo dos tiros lejanos.

—Mil bombas!... ¿Qué será esto?...

Estaba amaneciendo: calculen ustedes cual seria mi situacion al oir distintamente que los tiros se repetian cada vez mas cerca y que algunos oficiales corrian por las calles del caserio gritando á los soldados.

—A las armas! pronto; á las armas!!..

Los practicantes estaban aturridos.

—¿Qué pasa—pregunté á uno de ellos.

—No lo sé, cabo Tól; pero creó que los carlistas se nos vienen encima.

—Mil legiones!!... Es una sorpresa endemoniada.

—A las armas!... gritaban cada momento y yo tendido como un lleño—sin poderme levantar.

El tambor empezó á batir generala; las cornetas á tocar por todas partes: los tiros y la confusion aumentaban por momentos de tal modo, que aquello parecia un enjambre de demonios.

—Hé!... grité al practicante: hé!... buen mozo: ayúdeme usted.

—Qué va usted á hacer?

—Pronto, pronto; quitarme estos trapajos y venga mi fusil.

—Es imposible, el físico ha recomendado la mayor tranquilidad.

—Al diablo con la tranquilidad que tengo ahora!... Venga mi fusil y acérqueme usted á esa ventana.

Las ventanas de mi habitación daban al campo y yo no podía estar tumbado oyendo la algazara exterior que me picaba la sangre.

—Arriba conmigo, practicante: sino quieres que me tire de la cama y me rompa la cabeza antes de romper la tuya!...

Tanto porfié y tan aturdido estaba mi buen guardia que no pudo menos de obedecer mis escitaciones.

—Por Dios, no coja usted frío, cabo Tói

—Venga una manta, muchacho y no te apures.

—El practicante me incorporó; me rebujó en una manta de Palencia y con gran trabajo me llevó hasta la ventana. Dobló un colchon en el cual me senté como pude.

—Venga mi fusil y abre esa ventana.

—Cabo Tói!...

—Obedece, bellaco ó te estrello de una puñada. ¿Crees que voy á dejar á esos bribones que me maten como á una señorita?

Un segundo despues, el practicante me ataba un pañuelo á la cabeza, me entregaba el fusil y la cartuchera y abria la ventana.

IX

—Ahora que vengan á por mi bellajo! dije mirando al campo.
Al ver aquello, se me cayó el alma á los pies. Los facciosos estaban en nuestra línea, avanzando en orden de batalla y se disponian á tomar el campamento. Venian en número considerable y á distancia de un tiro de cañon hicieron alto.

Me acordé de Faraon.

—¡Ohedee, bellaco ó te estallo de una
puñada. Créese que voy á dejar á esos
biribones que me maten como á una
señorita?

Un segundo después, el practicante
me alaba un puñuelo á la cabeza, me
ofrece el fusil y la cartuchera y abra
la ventana.

IX.

—Ahora que vengan á por mi pellejo!
dije mirando al campo.

Al ver aquello, se me cayó el alma
á los piés. Los facciosos estaban en
nuestra línea, avanzando en orden de
batalla y se disponian á tomar el case-
rio. Venian en número considerable y á
distancia de un tiro de cañon hicieron
alto.

Me acordé de Faraon,

—Pobre muchacho!... Le habrán cogido en el camino y tal vez le habrán descuartizado; Castañote se vá á morir de pena!...

Nuestra gente habia improvisado barricadas, y el tumulto habia tomado cierta uniformidad.

Yo estaba con el ojo atento y el cañon del fusil sobre el marco de la ventana.

Los facciosos destacaron una pequeña fuerza y dos batallones se desparpararon á derecha é izquierda del caserío.

—Ola!..... nos quieren copar:—dije para mí.

Hubo un momento de silencio. Mi dedo indice estaba impaciente pasando y repasando por el gatillo del fusil. Sin embargo, yo estaba quieto porque por grandes deseos que tuviera, nunca hice fuego sin tener la orden.

Esta no se hizo esperar. Nuestros bravos gritaron con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Viva la reina!... é hicieron una descarga. Cuatro ó cinco facciosos cayeron para no levantarse mas: su guerrilla

rompió el fuego contra el caserío, avanzando con valor: la mandaba un teniente viejo, de largos bigotes grises. Aquel hombre era bizarro y se me puso entre ceja y ceja. Enfilé hácia él el cañon de mi herramienta: bajé la cabeza, cerré el ojo izquierdo nivelando el punto del fusil con la borla plateada de su boina y cataplum!... El viejo carlista alzó los brazos al cielo, despues puso una mano sobre su frente y cayó redondo como una pelota.

—Y vá uno!—dije cargando nuevamente con la mayor tranquilidad.

Por toda respuesta, vinieron cuatro ó cinco balas á estropear el marco de mi ventana.

—Buenos dias! las dije—Ya me han visto hé?... Bueno, bueno, con eso no se llamarán á engaño.—Dicho esto disparé de nuevo, y cayó un atrevido que se habia separado imprudentemente.

—Y van dos!... exclamé besando agradecido la recámara de mi escelente fusil.

No habia otro tan bueno en el regimiento.

Cinco minutos despues, el combate

habia tomado serias proporciones y una montaña de humo me impedia ver la gente que caia.

Por la derecha, allá lejos, empezó á resonar con brios y percibianse en el horizonte blancas columnas de humo, que empañaban el sonrosado color de la alborada.

Por lo visto el ataque era general.

No me volvi acordar de Faraon ni de mi pierna; daba gusto al dedo sin cesar y cazaba á horquilla con la comodidad del mundo. A poco rato subieron cuatro camaradas con la órden de ocupar las ventanas de mi habitacion.

—Bravo, cabo Toll! bravo!....

—Hé!... no me interrumpáis muchachos!.... Pero decidme: ¿Qué diablos hacen los cañones; aun no han dicho esta boca es mia.

—Deja, deja que se acerquen otro poco y verás como resuellan.

Los carlistas tenian por entonces muy mediana artilleria; habia piezas que parecian mas bien trompetas de órgano; y morteretes de muy poca importancia.

La nuestra poseia una elocuencia

maravillosa, pues cuando pronunciaban las bocas de bronce algun discurso, llevaban el mas absoluto convencimiento al ánimo. Por eso, yo que veia desde mi ventana, como las fuerzas enemigas se distribuian apresuradamente, me impacientaba al ver que nuestra artilleria no les diera algun consejo.

Sin embargo, nuestro brigadier todo lo hacia con su cuenta y razon.

Entretanto, las guerrillas habian tomado ojeriza á la casa en que yo estaba, pues no cesaban de pintorrear la fachada en fuerza de balazos.

Yo era feliz: habia colocado á tres soldados en las demás ventanas de la habitacion y uno estaba á mi lado cargando vivamente yá su fusi! ya el mio, que yo descargaba con tranquilidad perfecta.

Muchos debimos matar en pocas horas porque no errábamos un tiro.

Dios les haya perdonado!

La refriega se acaloraba por momentos.

Nuestro brigadier, haciéndose el chiquito defendia el caserío sin precipitarse y sin demostrar grandes fuerzas

Alentados los facciosos, se dispusieron à tomar las frágiles barricadas à la bayoneta.

En efecto, suena la corneta y los hierros crujen en las filas carlistas.

Nuestros jefes mandan tocar alto el fuego, y súbitamente quedamos sumidos en el silencio. Era un segundo de reposo para respirar y comenzar la lucha despues con sangriento empeño.

Era el momento decisivo: una ligera pausa para cobrar fuerzas y herir con rábia en medio del corazon.

Era el principio del fin.

X.

Hé aquí una situación suprema, incomparable. Late el corazón con violencia, dilátase la nariz para respirar con fuerza y el pulmón se ensancha. El cañon del fusil está abrasando: el humo que nos separa del enemigo se disipa lentamente y preséntase á nuestros ojos la carnicería. En este momento indescriptible, cuando la razon comprende que vais á morir ó á matar hasta que-

dar rendidos, dirigese hácia Dios el pensamiento, para que nos perdone si matamos ó para que acoja benigno nuestras almas si caemos muertos.

Un instante despues, el enemigo envia un parlamentario, que con bandera blanca se aproxima hasta nosotros.

Nos intima la rendición y nuestro jefe le invita á que vengan á coger nuestras mochilas despues de vaciadas las cartucheras.

El emisario vuelve á sus filas y al instante resuenan sus tambores y cornetas belicosamente.

Lánzanse sobre el caserío á paso de ataque con una bravura digna de aplauso y sin disparar un tiro.

Nosotros sin movernos. Ya se acercan, ya se oyen sus gritos de venganza y sus guerreras amenazas.

—Preparen!... grité á los tres soldados que estaban conmigo esperando la órden de hacer fuego.

Súbitamente nuestras barricadas se abren, y el estampido de la artillería vomitando metralla, atruena el caserío, estrellando el eco lúgubrememente en las montañas próximas. El enemigo es mu-

tilado horriblemente: gritan, juran, caen abarascados, pero avanzan.

—Fuegol... fuegol... óyese por todas partes.

La artillería repite; la fusilería no cesa ni un momento y el humo nos envuelve cual oscuro sudario.

Eran las diez de la mañana y por toda la línea que se perdía en el horizonte, percibiase el estruendo, y empañabase la luz del sol con el humo de la pólvora.

Alguno que otro momento aplicaba yo el oído por ver si el enemigo se descomponía, pero nada, ni el más ligero indicio; el ruido de la montaña y los ayes de dolor mezclábanse por todas partes, y las continuas descargas atronaban con estrépito.

De tan tremenda riña tenía que resultar una situación decisiva.

No había término medio. O la facción nos arrollaba copándonos por entero, ó nosotros les dividíamos lanzándonos á sus posiciones..

Cada hombre nuestro, era una mole inespugnable, así es que nadie retrocedió una pulgada.

El enemigo enfurecido se retuerce como una serpiente; ya corre con bravura hasta herir con el hierro de sus bayonetas; ya retrocede para tomar nuevos brios, y nuestros cañones se ceban en la matanza haciendo volar miembros destrozados y separando cabezas humeantes.

En nuestra habitacion penetraron multitud de balas que se incrustaban en las paredes y mas de cuatro vinieron á agujerear la cama de tablas en que yo habia dormido por la noche.

Veán ustedes como obré con exquisita sabiduria al obligar al practicante á que me levantára.

Si hubiera permanecido en la cama no estaria ahora aqui para contarlo.

Una hora despues la lucha tomó un carácter distinto.

El enemigo se replega; sus cornetas no cesan de llamar.

Estaban descompuestos.

Entonces, nuestro brigadier, ordena que dos escuadrones de lanceros, hagan una salida heróica.

Nuestras barricadas eran una especie de telon de teatro: retiranse instan-

táneamente la caballería lánzase valerosa, y agitando al aire sus banderolas rojas, grita:

—Viva la reina!

Los facciosos sorprendidos por tanta audacia se desmoralizan.

—Avancen!... ¡ruge el brigadier á la cabeza de la infantería!

Vieran ustedes redoblar nuestros tambores y salir á paso de carga todas las fuerzas del caserío con dirección al enemigo, que acosado por la caballería se aturde y concluye por pronunciarse en dispersión. Vieran ustedes á nuestros lanceros picarles la retirada con tenacidad, en tanto que la infantería marcha briosa ganando terreno por instantes.

—Hé!... hé!... muchachos, grité á los soldados que estaban en mi habitación, —venid aquí, incorporadme, que quiero presenciar esta victoria gigantesca.

—Arriba, cabo Tól.. mire usted, mire usted como avanzan: á ese paso no paran hasta Guernica!

Efectivamente; cuando saqué mi cabeza por la ventanilla se me llenaron los ojos de lágrimas de placer.

El enemigo corria á la desbandada

y nuestras banderas le seguian con rapidez pasmosa.

Ya estaban á gran distancia. La caballeria se refuerce cercandó un considerable número de enemigos. Marchan á la carrera dos de nuestros batallones y hacen una multitud de prisioneros.

Yo no podía soportar tanta emocion.

Vi como nuestros batallones traspasaron la montaña victoriosos.

La caballeria se volvia hacia el caserío conduciendo prisioneros.

La linea enemiga estaba forzada, y nuestra artilleria ocupaba las mesetas de sus posiciones.

La infanteria habia desaparecido.

—Esos diablos se van hasta Guernica!..—esclamé.

—Victoria en toda la línea!—gritan los soldados del destacamento que habian quedado en el caserío.

En efecto miro á la derecha y veo á nuestros camaradas que en multitud de batallones, ascienden á las alturas en tanto que la artilleria lanza granadas á largos intervalos desde los picos mas cercanos á Guernica.

Cinco minutos despues salian infi-

nidad de camilleros en busca de muertos y heridos.

La caballería se aproximaba y vários muchachos la recibían bailando al compás de una guitarra y tocando las castañuelas.

Entonces me acordé de Faraon y de mi pierna. De aquel con lástima porque probablemente habría muerto: de esta con rabia porque me impedía marchar con los dichosos soldados que estaban ya camino de Guernica.

XI.

Por la tarde se hizo rancho, y no pudiendo yo bajar, avisé á algunos camaradas para que subieran á mi habitacion y armaran baile.

Asi se hizo: en poco tiempo se llenó la sala y despues de satisfecho el apetito devorador que todos teniamos, el barbero cogió un gitarrucho, el furriel un par de cucharas de madera y empezaron á tocar la jota.

No pueden ustedes figurarse el ba-

rullo que produjeron aquellos condenados.

Saltaban y tocaban los pitos: bailaban los gastaderes con los lanceros, los pipiolos con los granaderos y un cornetilla andaluz cantaba flamenco á las mil maravillas.

Estábamos en este jaleo y yo gozando extraordinariamente, cuando subió Dogo con los ojos como huevos de palóma, inyectados de sangre.

Un recluta se dirigió á él para sacarle á bailar: el viejo tambor le lanzó un juramento y una puñada que el muchacho esquivó de un salto. Dogo silencioso y dando traspiés se dirigió hacia mi.

—Que tienes, Dogo?... le pregunté viéndole de un humor de todos los diablos.

—No sabes lo que pasa?...

—Tu dirás

—Faraon es el tunante más solapado de la tierra.

—Eso no es nuevo; pero por qué lo adviertes ahora?... Le has encontrado?....

—Un demonio!... se ha incorporado á los facciosos.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que oyes. Bien sabes que yo quería à ese galopin como si fuera mi hijo: lo poco que vale me lo debe à mi, y otro gallo le cantara, si no se hubiese separado jamás de mis consejos.

—Adelante Dogo adelante, ¿Como has sabido lo que acabas de decirme del muchacho?

—Enseguida que vi à los prisioneros que trajo la caballeria, les pregunté por Faraon. Nadie me daba razon de él, pero un sargento faccioso me dice de pronto:— ¿Es un chico jóven, pecoso de viruelas?— El mismo, le contesto.—Pero ese no era cristino—me replica el sargento.—Cómo que no!... le digo,—si era tambor de mi banda.—Ese es un espia que estaba entre vosotros que anoche fué à nuestras posiciones y que esta mañana se ha bati-do como un leon contra el caserio.—Al asegurar esto el faccioso me dió una ira que le hubiera roto las muelas de un puñetazo à no mirar que era un prisionero.

—Mil bombas!... Es preciso enterarse bien.

—Por eso vengo à hablarte, antes que la cosa se divulgue.

—Ven acá, Dogo. Lócate á este lado, á ver si puedo bajar apoyado en tu hombro.—El tambor mayor me cogió el brazo le pasó por sus robustas espaldas, me dió su baston y en esta actitud crucé la sala no sin gran dificultad.

—¡Bien por Tól!—gritaron algunos bailarines:—cuesta mas trabajo hacerles una herida á estos veteranos que curársela.

—Cuidado!,.. el que me toque la pierna le reviento.—Dije á los importunos que se acercaban á mi,

Dogo se habria paso á empujones sin que nadie le contestara, porque todos sabian lo que era aquel lobo viejo.

Una vez en la calle nos dirigimos hácia el sitio en que estaban los prisioneros.

—Quién es el sargento que te habló de Faraon?...

—Aquel que está sentado comiendo rancho, contestóme Dogo. En efecto, vi en un rincon sentado en el suelo, á un moceton vizcaino que devoraba su racion con apetito.

Nos dirigimos á él.

—Oye tú prisionero. De qué conoces á Faraon?

El vizcaino se encogió de hombros.

—Respóndeme, muchacho: mira que tengo malas pulgas. ¿De qué conoces á Faraon?...

—Faraon!... No conozco nunca, contestó el faccioso que apenas hablaba el castellano.

—No me has hablado de él cuando viniste aquí?... le dijo Dogo. ¿No me has dicho que era un espia partidario vuestro?...

—Ha!... bay, bay!... chico grande; valiente carlista.—Respondió el faccioso recordando y haciendo con la cabeza signos afirmativos.

—Hace mucho tiempo que le conoces?

—Es.

—Qué?... El prisionero movió la cabeza significando que nó: despues continuó masticando las palabras.

—Nuevo sér, tambor cristino. Anoche posiciones nuestras presentarse y madrugada bien batirse hoy.

—Estás seguro de que es el mismo?...

—Bay: suyo escapulario mia santa Virgen Begoña,—y así diciendo, el carlista se desabrochó los botones del capote y me enseñó el escapulario que á

Faraon dió su pobre madre al marchar del pueblo.

—Es el mismo: tienes razon, pero ya no se batirá mas ese traidorzuelo.

—Bay, bay.

—No hay bay que valga: no se batirá mas porque á estas horas está en el otro mundo.

—Ene Jonquiena!...

—Lo dicho; en la retirada le alcanzó una bala de mi fusil en mitad de la cabeza. El faccioso clavó los ojos en el suelo con estupor.

El tambor me miró de arriba á bajo.

—Vámonos Dogo, le dije, que la pierna me empieza á desesperar.

Cinco minutos despues, subiamos á mi habitacion.

El jaleo continuaba; pero yo no pudiendo contener mi mal humor grité con fuerza.

—A ver! se acabó el baile. Furriel, deja las castañuelas y cada uno á su punto.

—Otro poco, cabo Tóll!...

—Nada, ni un segundo más, que me voy á la cama. Dogo, coge tu baston y haz unos cuantos molinetes para despejar este barullo.

No bien dije estas palabras y ya las turbas bajaban en tropel.

Cuando nos quedamos solos, Dogo se dirigió á mi con cara de perro de presa.

—¿Conque tu has muerto á Faraon?...

—Cállate, estúpido!.. Bien merecido lo tendria.

—Pero ha muerto?...

—Nó porque no le he visto; pero es preciso decir por todas partes que ese pillete ha muerto, antes que decir que se ha envilecido.

—Me voy á volver loco—rugió Dogo que estaba enamorado del chiquillo como de un hijo—me voy á volver loco—y al decir esto se arrancaba furioso cerdas tostadas de su aspero bigote.

Pocas horas despues yo me acostaba diciendo para mi.

—Pobre Castañotel!...

No bien dije estas palabras y ya las
 andas dejadas en el suelo.
 Cuando nos quedamos solos. Dopo
 se dirigí á casa con gana de ir de
 pressa.
 —¿Cómo fué tu viaje á Faraon?
 —¡Castañote, castañote! Bien merecido lo
 recibí.
 —Pero ha muerto.
 —No porque no le he visto, pero es
 preciso irle por todas partes que ese
 pobre ha muerto, antes que decir que
 se ha envenenado.
 —Me voy á volver loco—rugió. Dopo
 que estaba envenenado del castañote
 como lo he visto—me voy á volver loco—
 y el doctor está en Faraon.
 das botellas de su aspecto ligero.
 de Faraon hoy después yo me acosté.

XII.

Pobre Castañote!.. En efecto, lo era mucho, pues por aquellos días, el desgraciado perdió su vieja compañera, según supe algún tiempo después.

La infeliz madre cayó con calenturas desde la fatal madrugada en que despidióse de su ingrato hijo y la llevaron al cementerio, con el último suspiro para Faraon.

Yo supe esto, cuando ya curada mi pierna por completo, despues de haber entrado victoriosos en Guernica tuvimos que marchar á nuestros puestos.

Habria trascurrido próximamente un mes desde que hicimos creer á nuestros camaradas que el tamborcillo habia muerto victima de su arrojo, cuando pasamos por el pueblecillo de X... donde habiamos de pernoctar.

El sargento, Dogo y yo, éramos los únicos que estábamos en el secreto de la existencia del muchacho y amigos fieles de Castañote, nos pusimos de acuerdo para hablarle del particular con todo género de precauciones.

El alma se me cayó á los pies cuando al llegar á la puerta del antiguo tabernero, vímosle detras del mostrador, vestido de luto, demacrado su semblante y con los ojos mortecinos.

Al vernos entrar levantó la cabeza con lentitud dirigiendo á nosotros su mirada triste.

—¡Chico, Castañote!... grité yo fingiendo indiferencia y tendiéndole ambas manos.

—Dios miol... que es lo que veo!....

Dogo, Tol, el Sargento.... vosotros por aquí... y el pobre hombre dejaba rodar lágrimas silenciosas y elocuentes por su enjuto rostro.

—Cómo te vá amigo Castañote; cómo te vá, hombre?..

Ay amigos míos!... Solo; estoy solo ya en el mundo. Ya sabreis que mi Brigida murió....

—Chico, ley de la vida es la muerte: ten resignacion y advierte que un dia antes ó un dia despues todo cuanto nace ha de pasar por esa contingencia.

—No me puedo consolar... Además ei pobre Faraon, ya lo veis, en la flor de su vida... y tal vez por mi culpa.

Hé!... pobre Castañote! no llores asi que pareces una vieja—replicóle Dogo—Faraon... Faraon .. vamos, no tienes que llorarle.

—Era mi hijo!...

Nosotros comprendiendo que Dogo iba derecho el asunto y que no convenia decirle de improviso al atribulado padre lo que habia, nos interpusimos diciendo:

—Cálmate amigo Castañote, hablemos un rato y echa una ronda de aguardiente.

Nos sentamos. Castañote llenó tres vasos, uno de los cuales el tambor apuró sin respirar.

—Esto no es de lo nuestro—esclamó Dogo haciendo visages de desagrado.

—Ya no echo el aguarrás que tanto te gustaba.

—Entonces tu te propones desacreditarte: pero en fin venga otro vaso que esto mas que de soldados es propio de señoritas.

—Bebe cuanto quieras: ahí tienes la botella pero hablemos de Faraon. Cómo me lo mataron?

—En la guerra, amigo Castañote—dijole el sargento—hay muchos que pasan por muertos y sin embargo gozan de buena salud: por esto no debes afligirte tan pronto.

—Cómo!... No habeis visto muerto á Faraon?...

—Nó.

Dios mio! ¿Será posible?... Pero por qué te ries Dogo!... En efecto, Dogo apuraba su cuarto vaso y se reia mirando á Castañote, quién empezó á sospechar favorablemente.

—Hablad por Maria Santisima; decidme lo que haya sucedido...

—Pudiera ser que Faraon no hubiera muerto; pudiera ser.

—Tú Dogo; habla tú que no sabes embozar nada. ¿Qué misterio hay en todo esto?

—Misterio!... Misterio!... Maldito si hay algun mistero... Dogo estaba ya escitado por el aguardiente. Castañote le conoció y se dirigió á él con preferencia.

—Habla... ¿Cuándo murió Faraon?...

—Que cuando murió, hé?...

—Si acaba.

—Faraon está tan muerto como yo.

—Que estás diciendo?... Dogo llenó nuevamente su vaso con tranquilidad.

—Tan muerto como yo!... El muy bribon despues de deberme la bonita posicion que estaba próximo á disfrutar en en el ejército desertó.

—¿Y dónde está?...

—Con los carlistas. El pobre Castañote se dejò caer en el asiento y quedó un instante estupefacto con la vista fija en el suelo.

Despues de un rato brotaron desde su corazon estas palabras.

—Conque vive! ..

—Si Castañote—dijele yo—vive pero

es preciso que no hables de ello: es necesario que todos crean que ha muerto, antes que sepan que ha sido un traidor; por eso yo hice correr la voz en este sentido, aun á costa de tu dolor y de tu pena.

El pobre padre pasaba alternativamente del estupor á la alegría; la emocion sacudia su espiritu de mil distintos modos.

Pasamos á su lado casi toda la noche. Al despedirnos nos abrazó con transportes de alegría, sin dejar por esto de llorar.

Dogo estaba hecho una uva: le cogimos entre el sargento y yo y con gran trabajo le llevamos al cuartel.

Al dia siguiente abandonábamos al pueblo, y al pobre Castañote para siempre.

parte le aseguro que estaré escuchando con gusto toda la noche. Deseo saber que fué de Faraon. Si volvió usted á verle, y que fué de Dogo y del sargento. En fin, cuente usted, cuente todo lo que pasó en esa época de su vida: época de azares y peligros.

—Seria prolijo,—me respondió el abuelo.—Así, á la ligera, les conduciré á ustedes hasta el dia memorable del convenio.

—Adelante, adelante, exclamaron todos.
—El abuelo Tól aplicó el jarro de vino á su boca, y continuó despues.

—Allá, por el año 36, cuando los carlistas sitiaron á Bilbao, supe que Castañote habia sido llamado por Dios.

La muerte de este pobre hombre nos causó honda pena y desde entonces Faraon desapareció de nuestra memoria.

A Castañote fuimos olvidándole poco á poco tambien, pues ya saben ustedes lo que es del que se muere que á escepcion de sus hijos *es ya como si no hubiera sido*; y el hijo de Castañoté era como sino lo fuera.

¡Pobre Castañote!...

En cuanto á mi no concluiria en muchas noches si quisiera contár á ustedes

la vida batalladora y activa que pasamos en esta memorable época.

El 26 de Noviembre del mismo año marchábamos gran número de fuerzas á socorrer á Bilbao que resistía con valor puramente castellano y con tenacidad puramente vizcaína.

Nos mandaba el general Espartero, idolo del ejército y esperanza ya de los españoles todos.

Referir á ustedes las penalidades y privaciones que sufrimos en aquellas sangrientas jornadas, fuera el cuento de nunca acabar.

He aquí la época en que los carlistas mas nos dieron que hacer. Era ya la temporada de las nieves y apesar del frio que helaba las palabras, nos batíamos diariamente con calor en las cercanías de Bilbao.

El invencible general, estaba enfermo, pero siempre á caballo, risueño siempre. La fiebre le devoraba dentro de sus nervios, pero su hoja toledana vibraba al aire. Cuando Espartero desnudaba la espada, parecia que aquel caudillo de hierro aterraba á su propia enfermedad y desarrollaba en el espacio

una atmósfera de electricismo que saturaba á los soldados! ..

—Adelante, hijos queridos!—nos gritaba,—adelante por la pátria y por la reina!...

Y allá nos empujaban sus májicas palabras, y allí el hierro contra el hierro se rompía sin retroceder un paso.

Asi avanzábamos constantemente: asi forzamos el puente memorable de Luchana donde yo gané una bendita cruz que el mismo general colocó sobre mi pecho.

Alli se lució Dogo, y el sargento fué nombrado oficial sobre el campo de batalla...»

—Qué tiempos aquellos... qué tiempos!....

El abuelo Tól estaba profundamente impresionado.

Al recordar aquellos dias de gloria parecia que su espíritu se marchaba pugnando con la materia decrépita que constituia al anciano.

Despues de una ligera pausa, Tól siguió su relato

«Los carlistas amenazaron invadir las Castillas y allá por el mes de Junio

de 1837 se proponen nada menos que marchar sobre Madrid. Cara pudo costarles la intentona, y cara la hubieran pagado sino hubieran desistido de su empeño al poco tiempo.

En 1838 fué nombrado D. Baldomero Espartero capitán general de los ejércitos cristinos y desde entonces, este grande hombre, tan bizarro como afortunado, nos llevó por todas partes pisando banderas enemigas y llenando nuestras bayonetas de laureles.

Entre tanto, en la península, todo estaba revuelto.

Parecía que todos los hombres porfiaban por hacer desgraciada á la Nación.

Mientras en el Norte se guerréaba por la paz y el bien-estar del país, en Madrid se hacían tentativas revolucionarias; y és que en España la política no ha sido nunca la ciencia de gobernar á los pueblos.

En España, la política ha sido siempre un pretexto para satisfacer mezquinas ambiciones. Por eso, cuando nuestras armas iban consiguiendo ventajas inapreciables, en lugar de regocijarse

los políticos, y apoyar todo cuanto contribuyera á facilitarnos el camino de la completa victoria, bullian turbulentos haciendo guerra sorda y taimada contra la cual no hay armas que blandir.

Afortunadamente en medio de tantos males teniamos alguno que otro patriota de energia en Madrid y un Espartero al frente del ejército.

Los ojalateros de las poblaciones iban poco á poco perdiendo sus esperanzas, y los facciosos del campo sus caudillos y sus vehemencias.

Gañábamos las batallas con menos trabajo que antes, porque el enemigo se batia ya con menos encarnizamiento.

Poco importaba que en Aragon y Cataluña, Cabrera ensanchára el limite de sus fuerzas y de su prestigio como cabecilla esperto y valiente.

El corazon de la guerra civil estaba en las provincias Vascongadas, y alli estaba Espartero, para aplastarla con los tacones de sus botas.

En efecto, la serpiente cansada de morder y abatida por repetidos golpes se retorcia en vários puntos de su cuerpo, pero su cabeza estaba aprisionada

entre las espuelas del vencedor de Luchana.

Aragon, Valencia y Murcia, fueron declarados en estado de sitio, pero Vizcaya, Alava y Guipúzcoa, estaban dispuestas á capitular.

ruido de descargar. Ya no ocupábamos nuestra actividad en el exterminio y la matanza; ya no teníamos irreconciliables enemigos, ni implacables odios.

Las campanas que antes tocaban á propósito sin cesar, llamando á los hombres para la matanza y unidos con el espíritu del mal, tocaban místicamente para hermanar á los hombres con la oración y unir sus almas con Dios.

Las montañas teñidas de humana sangre y cubiertas de miembros desarmados, pronto se robarían de aromas dulces y se vestirían de verdor risueño. Y aquellas tristes vegas, que hoy

mendigan al pie de la montaña sus despojos repugnantes, volverán á gozar de su fértil lozanía y á esmaltarse con pintadas flores, ricas galas que á la paz

Un año después lució para la atribulada patria el sol de la ventura.

Hablábase de la paz.

El espíritu de Dios se dignó por un momento iluminar al hombre, y Satanás deslumbrado, se hundió en el polvo.

A marchas forzadas nos condujeron á Guipúzcoa.

Ya no se oían cánticos de guerra ni

ruido de descargas. Ya no ocupábamos nuestra actividad en el exterminio y la matanza; ya no teníamos irreconciliables enemigos, ni implacables ódios.

Las campanas que antes tocaban á arretrato sin cesar, llamando á los hombres para la matanza y unirlos con el espíritu del mal, tocaban misticamente para hermanar á los hombres con la oracion y unir sus almas con Dios.

Las montañas teñidas de humama sangre y cuajadas de miembros destrozados, pronto se rodearian de aromas dulces y se vestirian de verdor risueño.

Y aquellas tristes vegas, que hoy mendigan al pié de la montaña sus despojos repugnantes, volverán á gozar de su fértil lozania y á esmaltarse con pintadas flores, ricas galas que á la paz regala la naturaleza pródiga.

Nuestras manos soltarian el fusil que mataba infatigable, para coger el arado poderoso que en nuestras lujosas campiñas abre surcos de riqueza inagotable.

El hierro ensangrentado de nuestras armas, se convertiria en instrumentos de arte con que animar los pedernales

silenciosos, y el bronce de nuestros atronadores cañones iba á tornarse en severos bustos para perpetuar el génio.

¡Oh.. la paz! la paz!.. El pueblo que sea bastante desdichado que no la ame como amarse puede á un saludo de Dios mismo, no podrá realizar jamás un fin honroso.

Porque la guerra, es la pasion, el desenfreno, el desórden, la muerte.

Porque la paz es el estado perfecto de la Naturaleza, es la armonia, el progreso, la vida.

Dia venturoso fué aquel para la humanidad: dia de fiesta para la triste España desangrada por mordeduras tantas y ávida de reposo.

silenciosos, y el bronce de nuestros ar-
 madores canónicos iba á formarse en se-
 veros bustos para perpetuar el género.
 ¡Oh! la paz la paz! El pueblo que sea
 bastante desdichado como la ame como
 amarse puede á un salud de Diosmismo,
 no podrá realizar jamás un fin honroso.
 Porque la guerra, es la pasión, el
 desenfreno, el desorden, la muerte.
 Porque la paz es el estado perfecto
 de la Naturaleza, es la armonía, el pro-
 greso, la vida.
 Día venturoso fué aquel para la hu-
 manidad: día de fiesta para la triste Es-
 paña desangrada por moribundas tan-
 tas y ávida de reposo.

Me acuerdo como si fuera ahora.

Era el 31 de Agosto de 1839. Gran número de tropas habíamos llegado por la mañana á los campos de Vergara.

Jamás he visto mas animacion; nunca presencié espectáculo mas bello.

Nuestros enemigos del dia anterior se confundian con nosotros abrazándonos con sincero cariño: juntos bailábamos alegremente y era de ver la algarrabia de acentos en los variados cánticos y la diversidad de uniformes, que con-

fundidos, constituian una unidad fascinadora.

Oh!... Nunca olvidaré este famoso día! Hasta el Sol parecia sonreir de gozo en presencia de tanta dicha.

Ya se dá la órden de formar. Los tambores y cornetas nos llaman por todas partes. Dogo marchaba á la cabeza de su banda, vestido de gala, lleno el pecho de cruces y con el puño de su baston enorme y reluciente, como una esfera de fuego. Aquel día no estaba borracho, apesar de haber sido durante la madrugada muy obsequiado por los facciosos. Parece que le estoy viendo marchar con arrogancia incomparable, balanceando acompasadamente su brazo izquierdo y agitando con el derecho por el espacio su descomunal baston.

El sargento lucia ya su charretera de oficial, y yo habia colocado sobre mi pecho la honrosa cinta de mi condecoracion.

Una hora despues estábamos en correcta formacion multitud de batallones, que en órden de parada ocupábamos una línea inmensa.

A nuestro frente estaban los carlistas en la misma posición dejando entre unos y otros un ancho espacio.

Las banderas se agitaron en el centro de los batallones sobre nuestras cabezas.

A poco rato, á un extremo de la línea óyese la marcha real española y poco á poco fuese repitiendo por todas las bandas carlistas y cristinas.

—Presenten armas! Mandar mil voces aquí y allá.

Los carlistas presentan como nosotros sus fusiles y percibese entre una nube de polvo el galopar de magníficos caballos.

Por la derecha se distingue un arrogante grupo de jinetes de variados y hermosos uniformes.

Otro avanza por la izquierda.

En el de la derecha venia D. Baldomero Espartero, ese general valeroso como los leones del desierto, honrado, como los patriarcas ideales, y sencillo, como un ángel. El és, nuestro padre cariñoso, el que nos cuida solícito, nos dá palmaditas en la espalda y nos conduce á la victoria. Avanza sereno con

su noble frente tostada descubierta, saludando á derecha é izquierda con su franca y habitual sonrisa. Monta un brioso caballo, viste uniforme de gala y en su pecho no hay espacio para tantas cruces y collares como ganó en los campos de batalla.

En el de la izquierda viene Maroto, el general carlista.

Al acercarse á Espartero palidece, como la estrella ante el sol refulgente, pero está sereno reposando tal vez en su conciencia.

A cosa de veinte pasos detiéndense los grupos de ayudantes y los dos generales se aproximan; y aquellos dos hombres que ayer reñían con corage sin igual, se estrechan las manos y gritan: «¡Viva España!» confundidos en estrecho abrazo.

Las banderas se juntan. La marcha real llena el espacio de un extremo al otro de las líneas y los soldados llorábamos como rapaces sin saber por qué.

Un momento despues, cesan las armonias de las bandas y Espartero marchando de derecha á izquierda dirigiéndonos la vista, ora á nosotros, ora á los

carlistas, empieza á hablar con voz sonora é inspirado acento.

Ya no es el leon que agita su melena enfurecido. Es el águila magestuosa que bate soberanamente sus alas sobre nuestras cabezas. El general Espartero no poseia esa diction pulida y académica de muchos oradores, pero hijo del pueblo estaba dotado de rica imaginacion; soldado de veras, sabia como ninguno hablar nuestro lenguaje y hombre de corazon, sentia las palabras que del corazon brotaban á su boca. Todos le escuchamos con profundísimo silencio y era de notar, como aquella voz sonora que en otros dias nos hacia hervir la sangre en nuestras venas, ahora nos enternecia como el canto de una madre.

Embebido en este sublime acontecimiento estaba yo, y no reparé en Dogo que me hacia señas impacientemente.

Raro me pareció que un viejo soldado como Dogo, idólatra tambien de nuestro gran caudillo llamára la atencion en tan supremo instante con sus repetidos gestos.

Me fijé un poco y vi que me mostraba con el dedo á un jóven coronel que

estaba al lado de Maroto, mezclado con sus ayudantes. La fisonomia de este jóven no me era desconocida, pero nada tenia de particular, puesto que tantas veces habia visto en el combate oficiales y gefes enemigos. Sin embargo, Dogo repetia sus gestos con mas calor cuanto mas notaba mi indiferencia.

Supuse que estaria borracho y no le miré mas, para fijarme entusiasmado en Espartero que ya concluia su arenga.

Media hora despues terminó aquella solemne gran parada, y los oficiales nos dieron facultad para romper filas y fraternizar con los carlistas, nuestros hermanos, desde aquel supremo dia.

estaba al lado de Maroto, mezclado con sus ayudantes. La fisionomía de este jóven no me era desconocida, pero nada tenía de particular, puesto que tantas veces había visto en el combate oficiales y gefes enemigos. Sin embargo, Dogo recibia sus gestos con mas calor, cuanto mas notaba mi indiferencia.

Supuse que estaria borracho y no le miré mas, para fijarme entusiasmado en Espartaco que ya concluia su arenga.

XVI

Media hora despues terminó aquella solenne gran parada, y los oficiales nos dieron facultad para romper filas y

Habianse dispuesto partidos de pelota y por la tarde jugábamos alegremente, cristinos con carlistas confundidos, bebiendo juntos y participando todos por igual, del inmenso beneficio de la paz.

Yo acababa de ganar un partido y estábame poniendo mi capote, cuando distinguí á Dogo que venia hacia mi, corriendo á todo correr.

—¿Qué es eso Dogo, estás disparatado todo el dia!... ¿qué diablos te pasa?

—No le has visto tú?... No le has conocido?

—Pero á quien hombre, á quien?...
—No te fijaste en el coronel que estaba cerca de Maroto?...

—Si.
—Pues bien, no sabes quien es ese jóven?...

—Nó; ni me importa.
—Como que nó, si es Faraon! mi discípulo, el hijo de Castañote.

—Ehl... que estás diciendo, borracho del demonio!...

—Ven, sígueme: en el café de la plaza hay una porcion de gefes carlistas y cristinos. Tal vez él esté allí.

Nos dirigimos rápidamente al café que Dogo me indicó y desde las ventanas vimos en efecto multitud de gefes y oficiales.

—Ninguno de esos se parece á Faraon,—dígele á Dogo.

Este siguió con la vista todas las mesas del local y de pronto cogiéndome del brazo exclamó trasportado:

—Mirale, mirale: en aquella mesa del rincon.

Efectivamente me fijé con detencion. Era él; Faraon en persona. No habia cambiado en nada absolutamente. Los

cuatro ó cinco años trascurridos, habian desarrollado mas sus enérgicas facciones y un torcido bigotito sombreaba su lábio. Por lo demás, era el mismo Faraon que en la taberna de Castañote conocimos: con su cara pecosa de viruelas y su mirada torva.

Era el mismo, pero ya no se llamaba Faraon ni era tambor de la banda del maestro Dogo.

Ahora era ya un coronel carlista que reconocia el derecho de nuestra reina y que gozaria brillante posicion.

Oh!... la suerte, la suerte!... Ciertamente para el tamborcillo, era como ustedes han visto, bien alhagadora!... En cuanto á mi, puedo jurarles que estaba mas sasisfecho con mis galones de cabo 1.º antiguo y bien mirado. Hay fortunas señores, que pueden deslumbrar sin embargo de no ser envidiables, y en este caso se hallaba la de Faraon.

Hay muchos puñados de oropel, que cuestan varios puñados de decoro y á este precio, yo no he comprado nunca nada.

Hoy Faraon se halla retirado, goza de una paga con la cual vive holgada-

mente y es el cacique de la villa donde reside.

Dogo está en el hospital de inválidos, imposibilitado ya por los achaques.

El sargento tiene la charretera de teniente y yo, ya lo ven ustedes, estoy hecho un badulaque; cultivo mi pedazo de terreno, y aun viviria mas alegre si mis heridas no me hicieran padecer en el invierno.

Estoy contento de la Pátria, á la que debo mi querida cruz pensionada con quince reales al mes, y mas contento con Dios que me ha dado salud, buen humor y vino tan esquisito como este para remojar la garganta siempre que hablo mucho.

Asi diciendo, el bravo Tól aplicó el jarro á la garganta y mas que grande fué el sorbo que bebió sin respirar.

La noche estaba ya en su mitad, la lumbre en sus agonias y el candil que iluminaba la cocina lánguido chisporroteaba.

Algunos mozos bostezaban perezosamente. Sabina dormia con la boca abierta y el abuelo Tól se dispuso á hacer su cama con un saco de pajas.

Viendo yo estos preparativos des

pedime del anciano quien me prometió para otro dia largas historias que contar.

Yo acepté gustoso y me dirigí al cuarto que me estaba destinado.

La nieve habia cesado de caer. Las estrellas centelleaban en el oscuro firmamento y un silencio absoluto envolvía todo aquel blanco y abrillantado paisaje.

Una hora despues muerto de frio, empezaba á escribir estas cuartillas que te ofrezco humildemente ¡oh generoso lector, poniendo aquí para fortuna tuya este punto final.

FIN DE FARAON EL TAMBOR.



860 - 32 "18"

860 - 34 "18"

13.

CLASIFICACION

W. A. HART

SIE SOE

W. A. HART

13.763